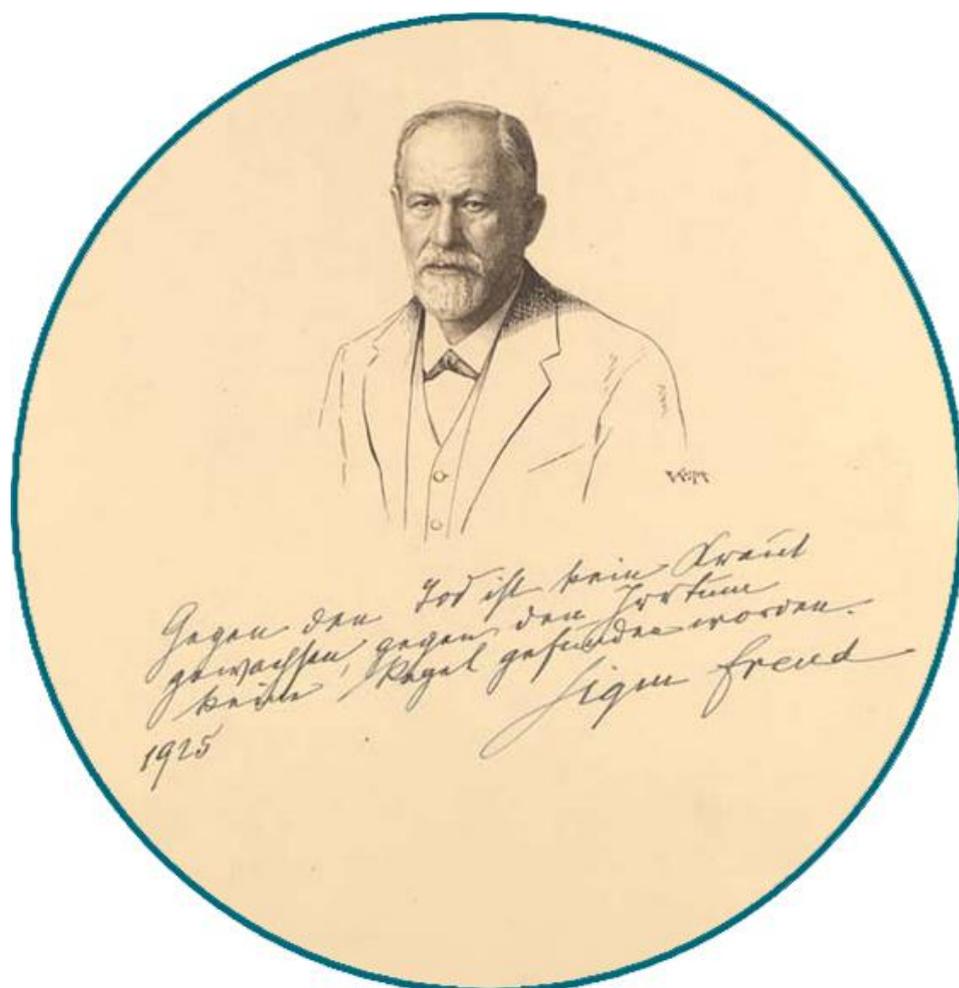


Sobre la guerra y la muerte. Temas de actualidad. (1915)



Edición bilingüe español - guaraní
en homenaje al 150 aniversario del natalicio
del creador del psicoanálisis, Sigmund Freud
(6 de mayo de 1856 - 23 de septiembre de 1939).



Ficha Técnica del Documento

La publicación en guaraní del artículo: *Sobre la guerra y la muerte. Temas de actualidad. (1915) Sigmund Freud*, ha sido realizada por la Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo, y el Ateneo Cultural "José Asunción Flores", instituciones sin fines de lucro que han emprendido esta iniciativa con el objetivo de conmemorar el 150 aniversario del nacimiento de Freud

El traductor al guaraní ha sido el Sr. Félix de Guaranía (GIMENEZ GOMEZ, Félix) Paraguarí, 1924. Poeta, profesor de guaraní y profundo conocedor de la lengua y cultura guaraní, este prolífico poeta bilingüe es uno de los poetas sociales más conocidos del Paraguay actual. Traductor oficial al guaraní de la Constitución Nacional y co-fundador del Instituto de Lingüística del Paraguay y del Centro Paraguayo de Investigaciones Lingüísticas (CEPAIL), Félix Giménez Gómez, más conocido como Félix de Guaranía (su seudónimo literario), es autor de una veintena de obras entre las que figuran los poemarios *Poemas de Noche y Alba* (1954), *Penas Brujulares* (1963), *¡Despierten las palabras!* (1986), *Tojevy Kuarahy* (1990) y *A Tiempos de Nostalgia* (1942, 1992), para mencionar sólo algunos. Su obra creativa como también su incansable labor en defensa de los indígenas y en pro de la cultura guaraní le han ganado dos premios importantes: la Plaqueta Homenaje de la Poesía Local (XX Edición del Festival de Ypacaraí) y el Plato "Los 12 del Año" otorgado por Radio 1o. de Marzo, distinciones recibidas ambas en 1992.

El documento es propiedad de la Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo y del Ateneo Cultural "José Asunción Flores", se autoriza la utilización de la versión traducida al guaraní citando la fuente.

Para contactar con:

Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo, escriba a:

agapepsicoanalitico@gmail.com

Ateneo Cultural "José Asunción Flores", llame a: Teléfono: (595-21) 204 094

Setiembre, 2006 – Asunción, Paraguay

Imagen de Tapa:

Retrato de Freud con inscripción de la mano de Freud: "There is no medicine against death, and against error no rule has been found".

"No hay ninguna medicina contra la muerte, y contra el error ninguna regla ha sido encontrada"

Fuente: <http://www.loc.gov/exhibits/freud/>

Diagramación: Francis Galeano • estepaw@hotmail.com

Agradecimiento

- La Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo y el Ateneo Cultural “José Asunción Flores” agradecen la colaboración dedicada y entusiasta del Profesor Don Felix de Guaranía en su trabajo de traducción.
- La Asociación Ágape Psicoanalítico Paraguayo le agrade especialmente al psicoanalista César Medina, ya fallecido, fundador de la organización, por su invaluable apoyo en la difusión del psicoanálisis en nuestra cultura.
- Al Centro Cultural de España “Juan de Salazar” (AECI) por el auspicio para realizar el lanzamiento de este texto.

Dedicatoria:

A todos los trabajadores de la cultura, en particular a los promotores del uso de nuestra bella lengua guaraní.



Ágape Psicoanalítico Paraguayo

Es una sociedad civil sin fines de lucro, cuyo objetivo prioritario es la enseñanza, transmisión, divulgación, investigación y aplicación del psicoanálisis desde sus fundamentos freudianos y lacanianos. Según los principios declaratorios:...*Ágape nombra una intención, un deseo causado desde el psicoanálisis y apunta a una producción, sustentación y transmisión de una práctica sobre el saber del inconsciente y sus interacciones con la cultura, como espacio institucional promoverá el método de la conversación para tratar temas cruciales de la existencia y de la cultura contemporánea.*



Ateneo Cultural "José Asunción Flores"

Es una entidad civil sin fines de lucro de carácter exclusivamente cultural cuyos propósitos fundamentales consisten en la promoción, la difusión permanente del género musical creado por el Maestro Flores, la Guaranía, tanto en su versión popular como sinfónica, a nivel nacional como universal.

Asimismo, dar a conocer la personalidad multifacética del creador de la Guaranía, especialmente su trayectoria y su condición de insigne artista que ha elevado a nuestro país en el concierto de las naciones como cuna de un género musical reconocido por su originalidad, su raigambre popular y su inserción en la corriente de las grandes e imperecederas creaciones universales en el campo de la música y sobre todo, como expresión de nuestra identidad nacional.

Tabla de Contenido		Pág.
Prólogo:		
Texto en español:	Psicología Colectiva de la Guerra y de la Muerte	7
Texto en guaraní:	Pavẽ angapykuaá ñorairõ ha mano rehegua	9
De Guerra y Muerte. Temas De Actualidad. (1915)		
Texto en español:	I. La Desilusión Provocada Por La Guerra	12
	II. Nuestra Actitud Hacia La Muerte	19
	Apéndice. Carta Al Doctor Frederik Van Eeden	25
Ojekuaaha'ava Ko'ágã Rupi Ñorairõ Ha Ñemano Rehegua		
Texto en guaraní:	I. Jeroviave'ÿ Oguerúva Pe Ñorairõ	26
	li. Ñane Andureko Mano Rehegua	32
	Joapyha: Carta Al Doctor Frederik Van Eeden.	38

PROLOGO: Psicología colectiva de la guerra y de la muerte

La edición bilingüe, castellano y guaraní de *Sobre la guerra y la muerte (Zeitgemässes über Krieg und Tod)* (1915) cumple un compromiso de Ágape Psicoanalítico Paraguayo con la lengua más hablada en el Paraguay. Basta ya de apologías románticas, a veces sospechosas, sobre la 'bella lengua autóctona': – Usémosla y punto. Pensemos psicoanalíticamente en guaraní.

El ensayo publicado tiene su importancia y fue seleccionado por varias razones. En primer lugar tiene una importancia *histórica*. Durante el curso de aquella primera guerra mundial, Freud testimonió su cordura. No fue el único, pero sí uno de los más célebres pacifistas. Hoy nadie piensa que esa guerra mundial fue otra cosa que una fatalidad, y, lo peor, el prólogo y la causa de la siguiente guerra mundial que demolió a Europa, se abatió sobre el mundo y denigró a toda la humanidad. Este texto tiene en segundo lugar una importancia *humanitaria*. Freud no hace acá un panfleto. Mira al estallido y a la orgía del dolor y de la muerte, pensando en aliviar al sufrimiento, particularmente al de los no combatientes. Vinculada a esta intención, está el tercer aspecto de importancia, el aspecto *teórico*. Limítrofe entre la psicología individual y la social, este ensayo constituye una antropología de la muerte, esto es, de las representaciones, de la cultura, las actitudes y los conceptos con los cuales los seres humanos enfrentamos o eludimos la muerte.

El texto freudiano, junto a las correspondencias con Einstein (1933[1932]) constituye un testimonio del pacifismo de Freud. Combate al horror de toda guerra en sí misma, en especial a la guerra entre pueblos que comparten la misma cultura e historia; y, todavía más enérgicamente, combate a este tipo de guerra que hoy llamaríamos guerra "sucía", también se la llamará la guerra "total", basada en el exterminio de los no combatientes, en la fanatización y la mentira como sus constituyentes primordiales. Formas que, entre paréntesis, serán aun más desarrolladas, hasta llegar al delirio del Holocausto y el de la bomba Atómica, con los cuales, la guerra total se independiza del combate entre ejércitos, se transforma en guerra de exterminio del ser humano, sin la mínima restricción, en donde la pulsión de muerte actúa en forma autónoma y demoníaca. Esa condena alude a lo que hoy ocurre: A Irak, por ejemplo, donde se ensucian a los gobiernos de las democracias más antiguas de occidente y a sus dirigentes como a George Bush

y a Tony Blair. Ellos son las contrapartes indignas del terrorista Bin Laden.

Expresión de conflictos de intereses, de poder y de dinero, estos "excesos" de la guerra, como Freud lo señala, expresan en primer lugar un aspecto endógeno que se aloja en el corazón del ser humano. No podría ser que la persona de pronto se vuelva tan cruel y tan dañina, si no hubiera sombras en su interior, sombras que la conforman. El psicoanálisis se dedica a estudiar esas sombras, primordialmente cuando estas sombras no son conscientes, sino que, estando presentes, ellas son *inconscientes* y, por eso mismo, más incontrolables. Para superarlas es necesario un minucioso y valeroso trabajo interior que es heredero de la antigua máxima socrática: "conócete a ti mismo".

Auto-conocerse incluye una reflexión sobre la propia muerte y sobre las pulsiones agresivas, que son pulsiones de muerte. Si los romanos decían que para mantener la paz había que preparar la guerra. Freud termina diciendo que para conservar la vida, es necesario prepararse para la muerte. *Si vis vitam, para mortem*.

El tema humanitario acá está superpuesto, sobredeterminado al tema teórico. El psicoanálisis es una teoría que heredó al juramento de Hipócrates, y, por eso, como ciencia de la cura, ha sido confundido (y se ha buscado confundirlo) con la medicina biológica. Aunque, como saber acerca del ser humano, forme parte de las ciencias humanas. El objeto 'práctico' del análisis no puede ser sino aliviar al sufrimiento evitable, restituir la capacidad de amar y de trabajar. Su objeto 'teórico' es hacer conciente a lo inconsciente; hacer que la persona llegue a reconocerse como Yo ahí donde era Ello, así como, hacer al sujeto agente responsable de su historia ahí donde se localizaba como un mero paciente, víctima de sus circunstancias.

Acá se conecta la reflexión freudiana con el tema de la auto-determinación –libertad y veracidad– individual y colectiva, así como a la crítica sobre la cultura. En ese emprendimiento, Freud enfrenta al "amo absoluto" que nos contorna y que resulta insuperable: a la muerte. (En alemán se dice "El muerte", *Der Tod*, de ahí que se la asocie al Señor, al Amo). Nos adelantamos acá a lo que después Heidegger desarrollaría como el *ser-para-la-muerte (Sein-zum-Tode)*, esto es, a la experiencia de madurez que adquiere el sujeto

cuando, en lugar de eludir, asume su destino mortal.

Con el objeto de comprender al concepto de la muerte, Freud trabajó dos escenarios, uno es el escenario de la conciencia, otro es el del inconciente. El primer escenario es el de la vida corriente del ser humano occidental de su tiempo al que se dirige Freud en la obra: el escenario de sus lectores. Para dar una imagen del segundo escenario, el fundador del psicoanálisis construyó un concepto intermedio, al que recurrirá muchas veces, el del hombre primitivo, el *Urmenschen*.

No es necesario que este hombre primitivo, acá descrito, haya tenido una existencia histórica empírica. Posiblemente ese hombre no haya existido nunca. No tenemos evidencia prehistórica ni etnográfica de su existencia, porque, cada vez que nos asomamos al fenómeno humano, lo encontramos completo. El hombre primitivo es una entidad *lógica* más que histórica. Es el 'eslabón perdido' entre el animal que éramos antes del proceso de humanización y el ser biológico y cultural que hoy somos, después que este proceso se haya llevado a cabo. Proceso que siempre permite hacer una comparación entre la evolución de la *ontogenia*, el desarrollo del individuo; y, la evolución de la *filogenia*, el desarrollo de la especie. Lo que importa acá es ese hombre primitivo que *si* tiene lugar hoy, ahora y siempre dentro de cada uno de nosotros.

Es el aspecto *primitivo* de nosotros mismos que se encuentra solo parcialmente superado, controlado,

compensado y sublimado. Un aspecto perturbador, siempre latente y presente, que genera al delirio, que se hace patente en la forma inocua de los sueños, en la forma letal e individual de la locura y en el delirio colectivo de la guerra.

A través del tema de la muerte, tópico fundamental de todo código deontológico, en la fórmula del "no matarás", Freud expone aspectos vinculados: La muerte propia impensable y negada, la muerte del desconocido que nos deja parcialmente indiferentes, la muerte del ser amado que nos enfrenta a la imagen y al dolor de la muerte. La ética individual y la colectiva. La ética de sublimación realmente ocurrida o simplemente la ética de miedo al castigo, causada por el control social, y por la acumulación de mandamientos. La pérdida de la herencia moral durante las guerras, y, todo el tema de la eticidad del sujeto.

Acá tiene lugar un vuelco del pensamiento freudiano, un tránsito del monismo del deseo hacia el dualismo que desembocó en una modernización de la fórmula del pensador griego antiguo, Empédocles: *Eros* (el amor) se enfrenta a *Tánatos* (la muerte). Estos dos impulsos biológicos se representan también en la vida anímica, como amor y como odio o como afirmación y como negación. Estos son los principios más generales del suceder psíquico con los cuales Freud sintetizó a sus teorías, esto es, pudo escribirse la *metapsicología* del pensamiento psicoanalítico.

AGAPE PSICOANALITICO PARAGUAYO

Asunción Paraguay,
150 aniversario del nacimiento de Sigmund Freud.

PAVĚ ANGAPYKUAÁ ÑORAIRŌ HA MANO REHEGUA

Ñembokuatiapy ñerenohẽ castellano-pe ha guaraníme, ÑORAIRŌ ha MANO rehegua (Zeitgemässes über Krieg und Tod - 1915), ha'e voi peteĩ mba'ekuave'ẽ oguerékova Agape Psicoanalítico Paraguayo, ñe'ẽ ojeporuvéva Paraguáipe ndive. Iporã mante ñañe'ẽmbareĩ guaraníre, sapy'ante ñane mbojerovia'ỹva. Jaiporu avei, ha opáma. Ñañemo'ãnga guaraníme angapykuaápe.

Ko mba'ekuaapy osẽva agã ko kuatiápe ijajevoi (tuicha mba'e) ñandéve guarã ha oime mba'érepa ojeporavo oñerenohẽ haguã. Tenondete tuicha mba'e hekoasakuere. Oiko aja pukukue pe ñorairō guasu tenondegua, Freud ohechuka iñakãguapyha. Naha'eñoi jepe, pero ha'e vaekue pe herakuãvéva arandu oguero'yrōva ñorairō. Ko'ágã guarã, avave ndojepy'amongetai upe ñorairō tenonde guare peteĩ mba'erekopane hague, ha pe mba'e ivaivéva, upe ñorairō guasu upéva vokóinte omoñepyrũ hague pe ñorairō guasu mokõiha, oity vaekue yvýre Európa ha oheja vaiete vaekue ko arapy tuichakue. Upei ja'e vaerã, ko kuatiapy kuaapyrã mokõiha ijajevoi ohekãgui omopu'ã yvypórape. Freud, kóvape ndojapoi ñe'ereĩ pochy, jeja'õ reĩ. Ohecha upe mba'embyasy tuichaite, oñemo'ãngávo mba'éichapa ikatu oñembogue ñembyasy ha tekoasy, tenondete umi oñorairōvape. Ko'ã mba'é rehe ñane ñanemandu'ávo, jahechakuaá mamópa oimeve pe ijajevoi mbohapyha: pe mba'épa ikatu ñanohẽ chugui ikaapyrã. Mamo ojahápe peteĩ yvypóra angapykuaá, pevẽ angapykuaáre, jajuhu kóva ko kuatia osẽva ko'ágãpe, añetehápe ha'eha mba'ekuaá mano rehegua, he'ise, mba'éichapa jahecha arandukuaá ha umi mba'eandu jaiporúva, yvypóra ñande rókope, ñahenonde'a térã jajekupe'õ manógui.

Freud rembiapokue, oñondive umi Einstein rembiapokué ndive (1933 [1932]) ohechuka Freud ñera'ỹayhu (pacifismo). Ohenonde'a mba'evaíoguerúva ñorairō ipype voi, tenondete umi ñorairō oikóva tetãnguera hembikuaá peteĩ ha hekopoaty peteĩva apytépe, ha ohenonde'a mbaretevé katu umi ñorairō ko'ágãgua rupigua oñehenoíva "ñorairō ky'a, ha uperire oñehenói ave (ñorairō pa-pa" (guerra total), oguerúva jejukapa guasu, ja'eve'ỹ ha japu ha opa mba'e apykuerigua. Ha tuichavé katu, tarovápe oñeguahẽ pe Holocausto he'iha, mirĩngüete kapú reheve (con bombas atómicas), ñorairōveimaha

marãmbotára "ejércitos"), ñorairō pa-pa, ja'e haguéicha, oive'ỹmahápe jejoko, mamo pe porojukase ohóntema ha'eño, ijehegui, añarekópe. Péva oiko hina ko'ágã heta henda rupi. Péina tetã Irak-pe, oñemongy'ahápe umi tetã sambyhy oñembohérava "tekojoja", hi'aretereímava kuarahy reikévo, ha uvicha kuéra George Bush ha Tony Blair. Umíva ombohovai Bin Laden-pe, ojererekóva ku oporomongyhyjepáva ramo.

Pe oñeñorairō ojepotáva ha ojererekóvare, pu'akangatúre (poder) ha viru (mba'érepyrã) atýre ha oñeguahẽ opaichagua ñorairō ndojekoveiha peve, ohechuka tenonderáite, he'iháicha Freud, ko'ã mba'e oñemoñapyha voi yvypóra apytũme ha opyta okakuaá upépe. Ndikatu vaerã mo'ã niko pe máva, peichaháguite iñañaitereĩ sapy'a, oime'ỹva rire ipype mba'e pytũ omoíva chupe iñaña haguáicha. Pe apy'ã resa'ỹjo kuaá (psicoanálisis) oñeha'ã oikuaá mba'épa ogueru umi pytũ umíva, tenondete ku ojekuaa'ỹ ramo oimeha ñande pype, noguahẽiha ñane mba'eandúpe, ha upévale voi ikatuve'ỹha ojekoko. Ojehasa haguã ko mba'ekatu'ỹha tekotevé oñehesa'ỹjo pypuku py'aguasúpe, he'ĩ haguéicha ku arandu yma hérava Sócrates: "Ejekuaá ndé voi".

Reñeha'ã rejekuaá ndé voi he'ise reñepy'amongeta ne manóre ha umi ne mba'eandu ñarõ, mba'eandu vaí mano reheguáva. Umi romaygua he'ime vaekue ramo, "hekoare haguã ñerave'ỹ (paz), rembosako'ĩ vaerã ñorairō", Freud ombojo'a upe ñe'ẽ he'ivo: "hekoare haguã tekove, reñembosako'ĩ vaerã remano haguã". Ojeháicha Latín-pe: "Si vis vitam, para mortem".

Jeporiahuvereko, ápe o hi'ári, mba'e jehechukaharãme. Pe apy'ã resa'ỹjo kuaá (psicoanálisis) niko ou Hipócrates ñe'ẽ rejakuegui, ha upévale, arandu poropohanohá ramo ojejavy vaekue oje'évo hese mba'ekuaaha oñeporopohano haguã. Jepevénte upéicha, yvypóra kuaaha rupi avei, ojerereko yvypóra mba'ekuaá ramo, ohekáva mba'éichapa ikatu oñembovevive umi mba'asy oñemboyke kuaáva ha oporombokatupyry jevy, ojeporohayhu kuaá ha oñemba'apo kuaá jevy haguã. Hembiaporã niko, tojekuaá pe ojekuaa'ỹva; yvypóra tove tojekuaá mávapa ha'e añetehápe, ani ambueréi, ha

upéicha aveí toikuaá ha`e ojapoha hekopoaty (su historia), ndaha`ei oma`ëreínte vaerãha, toiko oikóva ha to`a ho`áva hí`ári.

Ko`ápe ojoaju Freud jepy`amongeta ku nde aé ndé -tekosã`y ha añetegua peteĩrekópe ha hetarekópe (individual y colectiva), ha upeicha aveí pe arandukuaá resa`yijo ha ñembohovai. Upe tembiapópe, Freud ohenonde`a pe mburuvicha pavẽ, ojeréva ñanderehe ha ikatu`yva jajoko: mano, DERTOD, mba`e ha`epáva, oje`eháicha. Upégui oñehenoi KARAI, JÁRA pavẽ ramo. Ñañemotenonde ko`ápe pe mba`e upéi Heidegger omongakuaave vaerãme, MANOREKÓ ramo (Sein-sun-Tode), he`ise, opa jehukue omoguahéva yvypórape ikakuaaguãme, mamó ombopuku rangue mano ára, oha`arõ uveí.

Oikuaapyhy porã haguã pe mano, Freud omba`apo mokõi hendápe: peteíva pe mba`eandu aje (conciencia), ha ambuéva: pamba`eandu je`y. Pe tenondeguáva: yvypóra kuarahy resëvogua (occidental) rekove tapiagua, umi ohecha ha oikuaaopohýva iñe`ëkuatiá. Pe mokõiha ohechuka haguã ñandéve katu, Freud omohenda mba`eandu mbyte, ohesa`yijo py`yiva, pe yvypóra ymangue reheguáva, oñehenóiva URMENCHEN.

Natekotevëi upe yvypóra ymangue ñane mandu`aka ko`ápe, ohasa ra`e peteĩ tekove chaé, oikuaa`yhápe mba`épa ha`e. Ikatu voí, upe yvypóra upéva ndoikoi raka`e araka`eve. Ndojererekoi voí mba`eve ohechukáva oiko hague, tekopoaty jekuaá mboyve arape, ha ndojejuhui voí ave hapykuere. Jahecha vove chupe ñane akãme jajuhu ha`ete ha ha`epá ramo. Yvypóra ymangue niko jahechánte voí ñane akãpýpe, ndajajuhui tekoasa pukukuápe. Ha`eté vaicha yvypóra ñaimo`ãnteva "yvypóra kañyngue" (eslabón perdido) nañandéiva gueteri, ñandeháicha ko`ágã jaguata puku rire ára

ndipapahávei javeve, ikatúva ñambojoja pe ONTOGENIA he`iháre (yvypóra kakuaá peteĩrekópe ha pe oñehenóiva FILOGENIA (yvypóra kakuaá pavẽ rekópe). Pe mba`e ijajevoíva (lo que importa) ko`ágã niko, pe yvypóra ymangue hendáva ñande pype ko`ágã ha opa ára. Péva ha`e pe yvypóra ymangue jarúva ñanendive, oiko akói ñande pype ha ikatu`yva ágã peve jareko ñande pópe térã jaipé`a ñande jehegui, mba`e ñane mokorasõ pereréva, oikóva ñande pohéi, ñane mbotarováva ha oipyaháva mba`evérõguáicha ñande kepegua, ñande mbotavyraíva peteĩ teĩme ha ñande reraháva opavavépe keravaí peguáicha ñorairõ guasúpe. Ñemano reheguápe, tenondete oí ojejapo vaerã apytépe, pe "ndereporojukai vaerãme" ("No matarás") Freud ohesa`yijo heta mba`e ojoajúva hese: pe ñane mano ñaha`arõ`yva ha ndajahechakuaaséiva, pe jaikuaa`yva mano haimetéva nañandepy`apýi, pe jahayhúva mano ñane moíva ñembyasy ha mano renondépe. Máva peteĩ ha opavave rekombó`eporã; Tekoporã añetehápe oikóva, térã pe tekoporãkuaá ñane mongyhyjéva, yvypóra aty ñande jopy rupi ha ijaty hetágui ijapopyrã; pe tekoporãmbo`e ñamboguéva ñorairõhápe ha opaite mba`e yvypóra rekoporãmbo`e.

Ápe jahecha oñembopyahuha Freud ñemo`ãnga, peteĩ mba`e jepotágui ojehasa mokõihá gotyo, oguahéva Empédocles he`i vaekue yma ñembopyahúpe: Eros (mborayhu) ohenonde`a Tánatos-pe (mano). Ko`ã mokõi mba`eandu, ojererekóva aveí mborayhú ramo ha ñero`yrõ ramo, térã ñemoneíva a oñeahániriva ramo. Ko`áva ha`e umi mba`e ñepyrũha ojekuaavéva mba`eandu kuéra rekópe, Freud ombyapu`a hague imba`ekuaá ojapo haguape META PSICOLOGIA, Freud ñemo`anga rehegua.

APY`AKUAÁ PARAGUAI ATYHA
AGAPE PSICOANALITICO PARAGUAYO

Paraguay, Paraguai
150 Ro`y Sigmund Freud ojereroikove hague.

De guerra y muerte. Temas de actualidad. (1915) (*)

Nota Introductoria

«Zeitgemässes über Krieg und Tod»

Ediciones en alemán

- 1915 Imago, 4, nº 1, págs. 1-21.
- 1918 SKSN, 4, págs. 486-520. (1922, 21 ed.)
- 1924 GS, 10, págs. 315-46.
- 1924 Leipzig, Viena y Zurich: Internationaler. Psychoanalytischer Verlag, 35 págs.
- 1946 GW, 10, págs. 324-55.
- 1974 SA, 9, págs. 33-60.

Traducciones en castellano

- 1943 «Sobre la guerra y la muerte». EA, 18, págs. 277- 312. Traducción de Ludovico Rosenthal.
- 1948 «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte». BN (2 vols.), 2, págs. 1002-16. Traducción de Luis López-Ballesteros.
- 1954 «Sobre la guerra y la muerte». SR, 18, págs. 219-44. Traducción de Ludovico Rosenthal.
- 1968 «Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte». BN (3 vols.), 2, págs. 1094-108. Traducción de Luis López-Ballesteros.
- 1972 Igual título. BN (9 vols.), 6, págs. 2101-17. El mismo traductor.

Estos dos ensayos se escribieron alrededor de marzo y abril de 1915, unos seis meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial, y expresan algunas de las meditadas opiniones de Freud acerca de ella. Sus reacciones más personales se describen en el capítulo VII del segundo volumen de Ernest Jones (1955). Aquí se incluye como apéndice una carta escrita por Freud a un holandés conocido suyo, el doctor Frederik van Eeden, publicada poco antes que el presente trabajo. Hacia el final del mismo año (1915), Freud escribió otro ensayo sobre un tema análogo, «La transitoriedad», que también se hallará. Muchos años más tarde volvió sobre el tema, en su carta abierta a Einstein, ¿Por qué la guerra? (1933b). El segundo de los dos ensayos que siguen, sobre la muerte, fue al parecer leído por primera vez en una reunión del B'nai B'rith -el club judío de Viena al que Freud perteneció durante gran parte de su vida-, en abril de 1915 (cf. 1941e). Este ensayo, por supuesto, se basa en gran medida en el mismo material que la segunda sección de Tótem y tabú (1912-13).

James Strachey

(*) Extraído de: Sigmund Freud. Obras Completas. Tomo XIV “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico”, Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914 – 1916). Primera Edición en castellano, 1979. Segunda Edición, 1984; novena reimpresión de la segunda edición, 1984. Amorrortu Editores.

I. La desilusión provocada por la guerra

Envueltos en el torbellino de este tiempo de guerra, condenados a una información unilateral, sin la suficiente distancia respecto de las grandes trasformaciones que ya se han consumado o empiezan a consumarse y sin vislumbrar el futuro que va plasmándose, caemos en desorientación sobre el significado de las impresiones que nos asedian y sobre el valor de los juicios que formamos. Creemos poder decir que nunca antes un acontecimiento había destruido tanto del costoso patrimonio de la humanidad, ni había arrojado en la confusión a tantas de las más claras inteligencias, ni echado tan por tierra los valores superiores. Hasta la ciencia ha perdido su imparcialidad exenta de pasiones. Sus servidores, enconados hasta sus últimas fibras, buscan arrancarle armas para contribuir a la derrota del enemigo. El antropólogo tiene que declarar inferior y degenerado al oponente, y el psiquiatra, proclamar el diagnóstico de su enfermedad mental o anímica. Pero es probable que resintamos con desmedida fuerza la maldad de esta época, y no tenemos derecho a compararla con la de otras épocas que no hemos vivenciado.

El individuo que no se ha convertido en combatiente -y por tanto en una partícula de la gigantesca maquinaria de guerra- se siente confundido en su orientación e inhibido en su productividad. Creo que dará la bienvenida a cualquier pequeño consejo que le facilite reencontrarse al menos en su propio interior. Entre los factores que han sido los causantes de la miseria anímica de quienes se quedaron en casa, y cuyo control les plantea unas tareas tan difíciles, dos querría destacar y tratar aquí: la desilusión que esta guerra ha provocado y el cambio que nos ha impuesto -como lo hacen todas las guerras- en nuestra actitud hacia la muerte.

Cuando hablo de desilusión, todo el mundo comprende enseguida lo que quiero significar. No hace falta ser un visionario compasivo; es posible reconocer la objetiva necesidad biológica y psicológica del sufrimiento en la economía de la vida humana y, no obstante eso, condenar las guerras en cuanto a sus medios y a sus objetivos, y anhelar su terminación. Por cierto, se ha dicho que las guerras no podrán cesar mientras los pueblos vivan en condiciones de existencia tan diversas, mientras difiera tanto el valor que cada uno de ellos atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que los dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico.

También se esperaba que la humanidad seguiría recurriendo durante largo tiempo a guerras entre los pueblos primitivos y los civilizados, entre las razas separadas por el color de la piel, y que aun en Europa las habría entre las naciones poco desarrolladas o caídas en el salvajismo, o en contra de ellas. Pero se osaba esperar algo más. De las grandes naciones de raza blanca, dominadoras del mundo y en las que ha recaído la conducción del género humano; de esas naciones a las que se sabía empeñadas en el cuidado de intereses que se extendían por el universo entero, creadoras de los progresos técnicos en el sojuzgamiento de la naturaleza así como de los valores de cultura, artísticos y científicos, de esos pueblos se había esperado que sabrían ingeniárselas para zanjar por otras vías las desinteligencias y los conflictos de intereses. Dentro de cada una de esas naciones se habían establecido elevadas normas éticas para el individuo, quien debía acomodarse a ellas si quería participar en la comunidad de cultura. Estos preceptos, a menudo extremados, le exigían mucho, le imponían una extensa restricción de sí mismo, una vasta renuncia a su satisfacción pulsional. Sobre todo, le estaba vedado valerse de la extraordinaria ventaja que en la lucha competitiva procura el uso de la mentira y el fraude. El Estado civilizado tenía estas normas éticas por base de su subsistencia; adoptaba serias medidas si alguien osaba infringirlas y aun declaraba ilícito que el entendimiento crítico las sometiera a examen. Cabía suponer, pues, que él mismo las respetaría y no intentaría nada que contradijera ese basamento de su propia existencia. Por último, podía percibirse que dentro de estas naciones cultas había diseminados ciertos restos de pueblos que eran objeto de general malquerencia y a los que sólo a disgusto, y no en todos los ámbitos, se les dejaría participar en el trabajo en común, en el trabajo de la cultura para el cual habían demostrado ser suficientemente aptos. Pero podía suponerse que los grandes pueblos, como tales, habían alcanzado un entendimiento suficiente acerca de su patrimonio común y una tolerancia tal hacia sus diferencias que «extranjero» y «enemigo» ya no podrían confundirse en un solo concepto, como aún ocurría en la Antigüedad clásica.

Confiados en este avenimiento entre los pueblos cultos, innumerables hombres trocaron su morada en la patria por otra, en el extranjero, y dedicaron

* {El uso nos obliga a veces a decir en castellano «civilizado» donde lo literal sería «culto»}

su existencia a las relaciones comerciales entre los pueblos amigos. Y además, aquel a quien el apremio, de la vida no confinaba de manera permanente en un mismo lugar podía crearse, con todas las ventajas y los atractivos de los países cultos, una nueva patria, una patria mayor, dentro de la cual se paseaba libre de inhibición y de sospecha. Así gozaba del mar azul y del mar gris, de la belleza de los montes nevados y de las verdes praderas, del encanto de los bosques nórdicos y de la magnificencia de la vegetación meridional, de la armonía de los paisajes en que perduran grandiosos recuerdos históricos y de la paz de la naturaleza inhollada. Esta nueva patria era para él también un museo rebosante de todos los tesoros que los artistas de la humanidad culta habían creado y legado desde hace siglos. Y mientras recorría este museo de una sala a otra, podía reconocer con imparcialidad los tipos de perfección que la mezcla de estirpes, la historia y los dones de la Madre Tierra habían plasmado en sus compatriotas, entendidos en este sentido amplio. Aquí se había desarrollado al máximo la energía indómita y atrevida, allí el gracioso arte de embellecer la vida, y en otras partes el sentido del orden y de la ley u otras de las cualidades que han hecho del hombre el amo de la Tierra.

No olvidemos tampoco que cada uno de los ciudadanos del mundo culto se había creado un Parnaso particular y una Escuela de Atenas¹. Entre los grandes pensadores, creadores literarios, artistas de todas las naciones, había escogido a quienes creía deber lo mejor que le era deparado en goce y comprensión de la vida, y los sumó en su veneración a los inmortales de la Antigüedad así como a los maestros familiares que hablaban su misma lengua. Ninguno de esos grandes le parecía extranjero porque hubiera hablado en otra lengua: ni el insuperable explorador de las pasiones humanas, ni el visionario ebrio de belleza, ni el profeta de tremendas admoniciones, ni el fino satírico; y ello nunca lo llevó a reprocharse infidelidad hacia su propia nación ni hacia su amada lengua materna.

El disfrute de la comunidad de cultura fue turbado en ocasiones por algunas voces; ellas advertían que, a causa de diferencias heredadas de antiguo, serían inevitables todavía las guerras entre las

¹. [Dos de los famosos frescos de Rafael en las cámaras papales del Vaticano. Uno de ellos representa a un grupo de grandes poetas del mundo y el otro a un grupo similar de sabios. En *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág.320, Freud recurre a los mismos cuadros para trazar una analogía con una de las técnicas empleadas por el trabajo onírico.]

naciones que la integraban. No se les quiso dar crédito, pero, ¿cómo se imaginaba una guerra así, sí es que había de sobrevenir? Como una oportunidad para exhibir los progresos del sentimiento comunitario de los hombres desde aquel tiempo en que las anfitionías griegas tenían prohibido destruir a una ciudad perteneciente a la Liga, arrasar sus olivares y cortarle el agua. Como una justa cabaleresca que se limitaría a establecer la superioridad de una de las partes, con la máxima evitación de crueles sufrimientos que en nada podrían contribuir a esa decisión, con total piedad por el herido, que debía ser apartado de la lucha, y por los médicos y enfermeros consagrados a su tarea. Y además, desde luego, con toda clase de miramientos por la parte de la población no combatiente, por las mujeres, que permanecen alejadas de las acciones bélicas, y por los niños, que, cuando crezcan, se brindarán -supuestamente- amistad y ayuda por encima de los bandos. También con la preservación de todas las empresas e instituciones internacionales en que ha cobrado cuerpo la comunidad de cultura de tiempos de paz.

Una guerra tal, es cierto, aún habría acarreado una considerable cuota de horror y de sufrimiento, pero no había interrumpido el desarrollo de relaciones éticas entre esos individuos rectores {Grossindividuen} de la humanidad que son los pueblos y los Estados.

La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado ahora y trajo consigo ... la desilusión. No sólo es más sangrienta y devastadora que cualquiera de las guerras anteriores, y ello a causa de las poderosas y perfeccionadas armas ofensivas y defensivas, sino que es por lo menos tan cruel, tan encarnizada y tan inmisericorde como ellas. Trasgrede todas las restricciones a que nos obligamos en tiempos de paz y que habían recibido el nombre de derecho internacional; no reconoce las prerrogativas del herido ni las del médico, ignora el distingo entre la población combatiente y la pacífica, así como los reclamos de la propiedad privada. Arrasa todo cuanto se interpone a su paso, con furia ciega, como si tras ella no hubiera un porvenir ni paz alguna entre los hombres. Destroza los lazos comunitarios entre los pueblos empeñados en el combate y amenaza dejar como secuela un encono que por largo tiempo impedirá restablecerlos.

Trajo a la luz también un fenómeno casi inconcebible: los pueblos cultos se conocen y se comprenden tan poco entre sí que pueden mirarse con odio y con horror. Y hasta una de las grandes

naciones cultas es objeto de una malquerencia tan universal que se intentó excluirla por «bárbara» de la comunidad de cultura, aunque desde hace tiempo ha demostrado su aptitud mediante las más grandiosas contribuciones². Alentamos la esperanza de que una historiografía imparcial habrá de demostrar que precisamente esta nación, esa en cuya lengua escribimos y por cuya victoria combaten nuestros seres queridos, ha sido la que menos infringió las leyes de la convivencia humana. Pero, ¿quién, en tales tiempos, tiene derecho a erigirse en juez de su propia causa?

Los pueblos están más o menos representados por los Estados que ellos forman; y estos Estados, por los gobiernos que los rigen. El ciudadano particular puede comprobar con horror en esta guerra algo que en ocasiones ya había creído entrever en las épocas de paz: que el Estado prohíbe al individuo recurrir a la injusticia, no porque quiera eliminarla, sino porque pretende monopolizarla como a la sal y al tabaco. El Estado beligerante se entrega a todas las injusticias y violencias que infamarían a los individuos. No sólo se vale de la astucia permitida, sino de la mentira conciente y del fraude deliberado contra el enemigo, y por cierto en una medida que parece exceder de todo cuanto fue usual en guerras anteriores. El Estado exige de sus ciudadanos la obediencia y el sacrificio más extremos, pero los «priva de su mayoría mediante un secreto desmesurado y una censura de las comunicaciones y de la expresión de opiniones que los dejan inermes, sofocados intelectualmente frente a cualquier situación desfavorable y a cualquier rumor antojadizo. Denuncia los tratados y compromisos con que se había obligado frente a los otros Estados, y confiesa paladinamente su codicia y su afán de poderío, que después los individuos deben aplaudir por patriotismo.

Y no se objete que el Estado no puede renunciar al uso de la injusticia porque de esa manera se pondría en desventaja. También para el individuo es, por regla general, harto desventajosa la observancia de las normas éticas, la renuncia al ejercicio brutal de la violencia; y el Estado rara vez se muestra capaz de resarcir al individuo por el sacrificio que le ha exigido. Tampoco puede asombrar que el aflojamiento de las relaciones éticas entre los individuos rectores de la humanidad haya repercutido en la eticidad de los individuos, pues nuestra conciencia moral no es ese juez insobornable que dicen los maestros de la ética: en su origen, no es otra cosa que

«angustia social»³ Toda vez que la comunidad suprime el reproche, cesa también la sofocación de los malos apetitos, y los hombres cometen actos de crueldad, de perfidia, de traición y de rudeza que se habían creído incompatibles con su nivel cultural.

Así, ese ciudadano del mundo culto que presentamos antes puede quedar desorientado y perplejo en un mundo que se le ha hecho ajeno, despedazada su patria grande, devastado el patrimonio común, desavenidos y envilecidos sus ciudadanos.

Habría que apuntar algo como crítica a su desilusión. En sentido estricto no está justificada, pues consiste en la destrucción de una ilusión. Las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de estos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces, tenemos que aceptar sin queja que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos.

Dos cosas en esta guerra han provocado nuestra desilusión: la ínfima eticidad demostrada hacia el exterior por los Estados que hacia el interior se habían presentado como los guardianes de las normas éticas, y la brutalidad en la conducta de individuos a quienes, por su condición de partícipes en la más elevada cultura humana, no se los había creído capaces de algo semejante.

Empecemos por el segundo punto y procuremos sintetizar en una sola frase la opinión que queremos criticar. ¿Cómo es imaginado, en verdad, el proceso por el cual un individuo humano alcanza un nivel superior de eticidad? La primera respuesta dirá, sin duda: «El es bueno y noble desde su nacimiento, desde el comienzo mismo». A esta no hemos de considerarla más aquí. Una segunda respuesta conjeturará que ha de estar en juego un proceso de desarrollo, y sin duda supondrá que este consiste en lo siguiente: las malas inclinaciones del hombre le son desarraigadas y, bajo la influencia de la educación y del medio cultural, son sustituidas por inclinaciones a hacer el bien. Siendo ese el caso, puede uno en verdad maravillarse de que en los así educados la maldad pueda volver a aflorar con tanta violencia.

Pero esta respuesta contiene justamente el enunciado que queremos refutar. En realidad, no hay «desarraigo» alguno de la maldad. La

² Hay una remisión a este pasaje en la *Presentación autobiográfica* (1925d), AE, 20 pag. 46.

³ [Freud había dado ya una concepción, menos simplificada, de la naturaleza de la conciencia moral en su artículo sobre el narcisismo(1914c), Cf. *supra*, pag. 92]

investigación psicológica -en sentido más estricto, la psicoanalítica- muestra más bien que la esencia más profunda del hombre consiste en mociones pulsionales; de naturaleza elemental, ellas son del mismo tipo en todos los hombres y tienen por meta la satisfacción de ciertas necesidades originarias. En sí, estas mociones pulsionales no son ni buenas ni malas. Las clasificamos así, a ellas y a sus exteriorizaciones, de acuerdo con la relación que mantengan con las necesidades y las exigencias de la comunidad humana. Ha de concederse que todas las mociones que la sociedad proscriba por malas -escojamos como representativas las mociones egoístas y las crueles- se cuentan entre estas primitivas.

Estas mociones primitivas tienen que andar un largo camino de desarrollo antes que se les permita ponerse en práctica en el adulto. Son inhibidas⁴ guiadas hacia otras metas y otros ámbitos, se fusionan unas con otras, cambian sus objetos, se vuelven en parte sobre la persona propia. Formaciones reactivas respecto de ciertas pulsiones simulan la mudanza del contenido de estas, como si el egoísmo se hubiera convertido en altruismo, y la crueldad, en compasión⁴. Favorece a estas formaciones reactivas el hecho de que muchas mociones pulsionales se presentan desde el comienzo en pares de opuestos, una circunstancia bien asombrosa y ajena al conocimiento popular, que ha recibido el nombre de «ambivalencia de sentimientos». Facilísimo de observar y de comprender es el hecho de que, con gran frecuencia, un amor y un odio intensos aparecen juntos en la misma persona. El psicoanálisis agrega que no raras veces las dos mociones de sentimientos contrapuestos toman también por objeto a una misma persona.

Sólo después de superados tales «destinos de pulsión» se perfila lo que se llama el carácter de un hombre, que, según es notorio, únicamente de manera harta defectuosa puede clasificarse como «bueno» o «malo». El hombre rara vez es íntegramente bueno o malo; casi siempre es «bueno» en esta relación, «malo» en aquella otra, o «bueno» bajo ciertas condiciones exteriores, y bajo otras, decididamente «malo». Interesante es la experiencia de que la preexistencia de fuertes mociones «malas» en la infancia deviene a menudo la condición directa para que se produzca un vuelco muy nítido del adulto hacia el «bien». Aquellos que fueron en su infancia los más crasos egoístas pueden convertirse en los ciudadanos más proclives a ayudar a los demás y a

sacrificarse a sí mismos; la mayoría de los: sentimentales, de los filántropos, de los protectores de animales, han sido, de pequeños, sádicos y torturadores de animales.

La reforma de las pulsiones «malas» es obra de dos factores, uno interno y el otro externo, que operan en el mismo sentido. El factor interno consiste en la influencia ejercida sobre las pulsiones malas -digamos: egoístas- por el erotismo, la necesidad humana de amar en el sentido más lato. Por la injerencia de los componentes eróticos, las pulsiones egoístas se trasmutan en pulsiones sociales. Se aprende a apreciar el ser amado como una ventaja a cambio de la cual se puede renunciar a otras. El factor externo es la compulsión ejercida por la educación, portadora de las exigencias del medio cultural, y prosigue después con la intervención directa de este. La cultura se adquiere por renuncia a la satisfacción pulsional, y a cada recién venido le exige esa misma renuncia. A lo largo de la vida individual se produce una trasposición continua de compulsión externa a compulsión interna. Mediante unos aditamentos eróticos, las influencias culturales hacen que, en proporción cada vez mayor, las aspiraciones egoístas se muden en altruistas, sociales. En definitiva, es lícito suponer que todas las compulsiones internas que adquirieron vigencia en el desarrollo del hombre fueron en el origen, vale decir, en la historia de la humanidad, sólo compulsiones externas. Los seres humanos que hoy nacen traen consigo en calidad de organización heredada cierto grado de inclinación (disposición) a trasmutar pulsiones egoístas en pulsiones sociales, y unos débiles enviones bastan para que ello se consuma. Otra parte de esa trasmutación de pulsiones tiene que realizarse en la vida misma. De tal modo, el individuo no recibe sólo la influencia de su medio cultural del presente; está sometido también a las influencias de la historia cultural de sus antepasados.

Sí llamamos *aptitud para la cultura* a la capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo, podemos enunciar que consta de dos partes, una innata y la otra adquirida en el curso de la vida, y que es muy variable la proporción de ambas entre sí y con respecto a la parte de la vida pulsional que permanece inmutada.

En general nos inclinamos a exagerar la importancia de la parte innata; además, corremos el riesgo de sobrestimar la aptitud total para la cultura en su comparación con la vida pulsional que ha conservado su estado primitivo. En suma,

⁴ [Cf. «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), *supra*, pag. 124.]

erramos juzgando a los hombres «mejores» de lo que en realidad son. En efecto, resta todavía otro factor que enturbia nuestro juicio y falsea el resultado en un sentido favorable.

Las mociones pulsionales de otro hombre escapan desde luego a nuestra percepción. Las inferimos por sus acciones y su conducta, que reconducimos a motivos procedentes de su vida pulsional. Una inferencia de esa índole es por fuerza errónea en cierto número de casos. Idénticas acciones culturalmente «buenas» pueden provenir de motivos «nobles» en un caso, y en otro no. Los teóricos de la ética llaman «buenas» sólo a las acciones que son expresión de mociones pulsionales buenas, y deniegan a las otras su reconocimiento. Pero la sociedad, guiada por propósitos prácticos, hace caso omiso de ese distinguo; se conforma con que un hombre oriente su conducta y sus acciones de acuerdo con los preceptos culturales, y pregunta poco por sus motivos.

Como ya sabemos, la compulsión externa (la que ejercen la educación y el medio) provoca en el hombre una reforma de su vida pulsional hacia el bien, una vuelta del egoísmo en altruismo. Pero este no es su efecto necesario ni regular. La educación y el medio no sólo tienen premios de amor por ofrecer; trabajan también con otra clase de premios de conveniencia: recompensas y castigos. Por tanto, su efecto puede ser que el sometido a su influencia se decida por la acción culturalmente buena sin haber consumado dentro de sí un ennoblecimiento pulsional, una trasposición de inclinaciones egoístas a inclinaciones sociales. El resultado será, en líneas generales, el mismo; sólo bajo particulares condiciones se revelará que un individuo actúa siempre bien porque sus inclinaciones pulsionales lo fuerzan a ello, mientras que otro sólo es bueno en la medida en que esta conducta cultural le trae ventajas para sus propósitos egoístas, y únicamente durante el tiempo en que ello ¿curte. Pero un conocimiento superficial del individuo no nos proporciona medio alguno de discernir entre esos dos casos, y sin duda nuestro optimismo nos llevará a sobrestimar en mucho el número de los hombres que se han transformado en el sentido de la cultura.

La sociedad de cultura, que promueve la acción buena y no hace caso de su fundamento pulsional, ha conseguido así obediencia para la cultura en un gran número de hombres que en eso no obedecen a su naturaleza. Alentada por este éxito, se vio llevada a imprimir la máxima tensión posible a los requerimientos éticos, y forzó en sus miembros un distanciamiento todavía mayor

respecto de su disposición pulsional. Esta es sometida entonces a una continua sofocación, cuya tensión se da a conocer en los más extraordinarios fenómenos de reacción y de compensación. En el ámbito de la sexualidad, donde esa sofocación encuentra la máxima dificultad para realizarse, ello provoca los fenómenos reactivos de los diversos modos de contracción de neurosis. En lo demás, la presión de la cultura no hace madurar consecuencias patológicas, pero se exterioriza en las deformaciones del carácter y en la propensión de las pulsiones inhibidas a irrumpir hasta la satisfacción cuando se presenta la oportunidad adecuada. Quien se ve precisado a reaccionar constantemente en el sentido de preceptos que no son la expresión de sus inclinaciones pulsionales, vive -entendido esto en su aplicación psicológica- por encima de sus recursos, y objetivamente merece el calificativo de hipócrita, sin que importe que haya alcanzado conciencia clara de ese déficit. Es indiscutible que nuestra cultura presente favorece en extraordinaria medida la conformación de ese tipo de hipocresía. Podría aventurarse esta aseveración: está «edificada sobre esa hipocresía, y tendría que admitir profundas modificaciones en caso de que los hombres se propusieran vivir de acuerdo con la verdad psicológica. Existen, por tanto, muchísimos más hipócritas de la cultura que hombres realmente cultos. Y aun podría examinarse este punto de vista: Es posible que la aptitud para la cultura ya organizada en los hombres de hoy sea insuficiente para conservar esta, y por eso siga siendo indispensable cierto grado de hipocresía. Por otra parte, la conservación de la cultura, aun sobre una base tan precaria, ofrece la perspectiva de propender en cada generación nueva, en cuanto portadora de una cultura mejor, a una reforma más vasta de las pulsiones.

Las elucidaciones anteriores nos ofrecen hoy lo menos un consuelo: la afrenta y la dolorosa desilusión que experimentamos por la conducta inculta de nuestros conciudadanos del mundo en la presente guerra no estaban justificadas. Descansaban en una ilusión de la que éramos prisioneros. En realidad, no cayeron tan bajo como temíamos, porque nunca se habían elevado tanto como creímos. Para ellos, el hecho de que los individuos rectores de la humanidad, los pueblos y los Estados, abandonaran las restricciones éticas en sus relaciones recíprocas fue una natural incitación a sustraerse de la presión continua de la cultura y a permitirse transitoriamente la satisfacción de sus pulsiones refrenadas. Es probable que no se produjera quiebra alguna en la eticidad relativa de los individuos en el interior de su propio pueblo.

Pero podemos profundizar todavía más en la comprensión del cambio que la guerra ha revelado en nuestros ex compatriotas, y ello nos aleccionará para no hacerles injusticia. Los desarrollos del alma poseen una peculiaridad que no se encuentra en ningún otro proceso de desarrollo. Cuando una aldea crece hasta convertirse en ciudad o un niño se vuelve hombre, aldea y niño desaparecen en la ciudad o en el hombre. Sólo el recuerdo puede refigurar los antiguos rasgos en la imagen nueva; en realidad, los materiales o las formas antiguas se dejaron de lado y se sustituyeron por otras nuevas. En un desarrollo anímico las cosas ocurren diversamente. Aquí la situación no es comparable con aquellas, y no puede describirse sino aseverando que todo estadio evolutivo anterior se conserva junto a los más tardíos, devenidos a partir de él; la sucesión envuelve a la vez una coexistencia, y ello a pesar de que los materiales en que transcurre toda la serie de transformaciones son los mismos. Por más que el estado anímico anterior no se haya exteriorizado durante años, tan cierto es que subsiste, que un día puede convertirse de nuevo en la forma de manifestación de las fuerzas del alma, y aun en la única forma, como si todos los desarrollos más tardíos hubieran sido anulados, hubieran involucionado. Esta plasticidad extraordinaria de los desarrollos del alma no es irrestricta en cuanto a su dirección; puede designársela como una capacidad particular para la involución -para la regresión-, pues suele ocurrir que si se abandona un estadio de desarrollo más tardío y elevado no pueda alcanzárselo de nuevo. Ahora bien, los estados primitivos pueden restablecerse siempre; lo anímico primitivo es imperecedero en el sentido más pleno.

Las llamadas enfermedades mentales tienen que despertar en el lego la impresión de que la vida mental y anímica ha sufrido una destrucción. En realidad, tal destrucción sólo alcanza a las adquisiciones y desarrollos más tardíos. La esencia de la enfermedad mental consiste en el regreso a estados anteriores de la vida afectiva y de la función. Un destacado ejemplo de la plasticidad de la vida anímica nos lo da el estado del dormir, al que todas las noches nos disponemos. Desde que nos hemos ingeniado para traducir también sueños locos y confusos, sabemos que cada vez que nos dormimos arrojamos de nosotros, como a una vestidura, esa eticidad nuestra que hemos adquirido con tanto trabajo...para volvérsela a poner cada mañana. Este desnudamiento no es, desde luego, peligroso, pues mientras dura el estado del dormir

estamos paralizados y condenados a la inactividad.

Sólo el sueño puede dar testimonio de la regresión de nuestra vida afectiva a una de las etapas de desarrollo más tempranas. Digno de notarse es, por ejemplo, que todos nuestros sueños están gobernados por motivos puramente egoístas.⁵ Uno de mis amigos ingleses sostuvo esto en una reunión científica realizada en Estados Unidos; una de las damas presentes le replicó con esta observación: muy bien podía ser válido para Austria, pero de sí misma y de sus amigos se juzgaba autorizada a aseverar que incluso en sueños tenían sentimientos altruistas. Mi amigo, no obstante pertenecer también a la raza inglesa, debió contradecirla de la manera más enérgica, basado en sus propias experiencias de análisis de sueños: La noble norteamericana era en sueños tan egoísta como la austríaca.

Y siendo así, también la reforma pulsional en que descansa nuestra aptitud para la cultura puede ser deshecha de manera permanente o temporaria por las influencias de la vida. Sin duda, los efectos de la guerra se cuentan entre los poderes capaces de producir semejante involución; por eso, no necesariamente hemos de negar aptitud para la cultura a todos los que en el presente se comportan de manera inculta, y nos es lícito esperar que su ennoblecimiento pulsional habrá de restablecerse en épocas más pacíficas.

Ahora bien, otro, síntoma exhibido por nuestros conciudadanos del mundo no nos ha sorprendido ni espantado menos, quizá, que el hundimiento, que tan dolorosamente sentimos, de su elevación ética. Aludo a la falta de penetración que se advierte en las mejores cabezas, a su tozudez, su inaccesibilidad para los argumentos más evidentes y su credulidad acrítica hacia las aseveraciones más discutibles. Esto nos ofrece un cuadro bien triste, y quiero destacar expresamente que en modo alguno, como un secuaz engeguedado, veo todos los defectos intelectuales en uno solo de los bandos. No obstante, este fenómeno es todavía más fácil de explicar y menos dudoso que el considerado antes. Conocedores del hombre y filósofos nos han enseñado desde hace mucho que caeremos en un error si concebimos nuestra inteligencia como un poder autónomo y descuidamos su dependencia

⁵ [Más tarde, Freud formuló reservas a este punto de vista, en un agregado hecho en 1925 a una nota al pie de *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pag. 279, donde también narra la anécdota que sigue. El «amigo inglés», como allí se aclara, era Ernest Jones.]

de la vida afectiva. Nuestro intelecto, nos han dicho, sólo puede trabajar de manera confiable apartado de las influencias de poderosas mociones afectivas; en caso contrario, se comporta simplemente como un instrumento al servicio de una voluntad, y ofrece el resultado que esta quiera arrancarle. Los argumentos lógicos son entonces impotentes frente a los intereses afectivos, y por eso el disputar con argumentos, que, según el dicho de Falstaff, abundan como la zarzamora⁶, es tan infructuoso en el mundo de los intereses.

La experiencia psicoanalítica no ha hecho sino realzar, si cabe, este aserto. Puede mostrar todos los días que los hombres más perspicaces caen repentinamente en una conducta sin acumen, como de idiotas, tan pronto como la intelección requerida tropieza en ellos con una resistencia afectiva, pero también recuperan toda su inteligencia cuando esta es vencida. Por tanto, la ceguera para lo lógico que esta guerra, como por arte de magia, ha producido justamente en los mejores de nuestros conciudadanos es un fenómeno secundario, una consecuencia de la excitación afectiva, y está destinada, así podemos esperar, a desaparecer con ella.

Si de esta manera volvemos a comprender a nuestros conciudadanos, alienados de nosotros, con facilidad mucho mayor sobrellevaremos la desilusión que nos han deparado los individuos rectores de la humanidad, los pueblos, pues las exigencias que a ellos podemos plantearles son

mucho más modestas. Quizá repitan el desarrollo de los individuos y todavía hoy estemos frente a etapas muy primitivas de la organización, de la formación de unidades superiores.

En armonía con ello, el factor pedagógico de la compulsión externa a la eticidad, que hallamos tan eficaz en el individuo, en aquellos es apenas rastreable. Habíamos esperado, es cierto, que la grandiosa comunidad de intereses establecida por el comercio y la producción constituiría el comienzo de una compulsión así; no obstante, parece que en esta época los pueblos obedecen más a sus pasiones que a sus intereses. Se sirven a lo sumo de los intereses para racionalizar las pasiones; ponen en el primer plano sus intereses para poder fundar la satisfacción de sus pasiones. ¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen, y aun en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen sino las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales. Esta situación lamentable quizá sólo pueda ser modificada en algo por desarrollos que sobrevendrán después. Pero un poco más de veracidad y de sinceridad en todas las partes, en las relaciones recíprocas de los hombres, y entre ellos y quienes los gobiernan, allanarían el camino a esa trasmudación⁷.

⁶ [Cf. «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» (1914d), *supra*, pag. 23n.]

⁷ [Los efectos del conflicto entre la cultura y la vida pulsional i *supra*, págs. 284-8) fueron abordados por Freud en muchas ocasiones desde su temprano trabajo «La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna» (1908d) hasta su tardío *El malestar en la cultura* (1930^a).]

II. Nuestra actitud hacia la muerte

El segundo factor por el cual, según yo infiero, nos sentimos así de ajenos en este mundo otrora tan hermoso y familiar es la perturbación en la actitud que hasta ahora habíamos adoptado hacia la muerte.

Esa actitud no era sincera. De creérsenos, estábamos desde luego dispuestos a sostener que la muerte es el desenlace necesario de toda vida, que cada uno de nosotros debía a la naturaleza una muerte¹ y tenía que estar preparado para saldar esa deuda; en suma, que la muerte era algo natural, incontrastable e inevitable. Pero en realidad solíamos comportarnos como si las cosas fueran diversas. Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado matarla con el silencio; y aun tenemos [en alemán] el dicho: «Creo en eso tan poco como en la muerte»². En la muerte propia, desde luego. La muerte propia no se puede concebir; tan pronto intentamos hacerlo podemos notar que en verdad sobrevivimos como observadores. Así pudo aventurarse en la escuela psicoanalítica esta tesis: En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad.

Por lo que toca a la muerte de otro, el hombre culto evitará cuidadosamente hablar de esta posibilidad si el sentenciado puede oírlo. Sólo los niños trasgreden esta restricción; se amenazan despreocupadamente unos a otros con la posibilidad de morir, y aun llegan a decirselo en la cara a una persona amada, por ejemplo: «Mamá querida, cuando por desgracia mueras, haré esto o aquello». El adulto cultivado no imaginará la muerte de otro ni siquiera en el pensamiento sin considerarse a sí mismo desalmado o malo; a menos que, en calidad de médico, de abogado, etc., tenga que ocuparse profesionalmente de ella. Y menos todavía se permitirá pensar en la muerte del otro si con este acontecimiento se asocia una ganancia en materia de libertad, de propiedad o de posición social. Desde luego, este sentimiento tierno nuestro no impide que sobrevengan los casos de muerte; cuando ocurren, nos conmueven

¹ [Reminiscencia de las palabras del príncipe Hal a Falstaff en 1 Henry IV (acto V, escena 1): «Thou owest God a death» {«Debes a Dios una muerte»}. Esta errónea cita era una de las favoritas de Freud. Véase, por ejemplo, *La interpretación de los sueños*, AE, 4, pág. 219, y una carta a Fliess del 6 de febrero de 1899 (Freud, 1950a, Carta 104), donde la atribuye explícitamente a Shakespeare,]

² [Es decir, pensar que algo es improbable o increíble.]

en lo profundo y es como si nos sacudieran en nuestras expectativas. Por lo general, destacamos el ocasionamiento contingente de la muerte, el accidente, la contracción de una enfermedad, la infección, la edad avanzada, y así dejamos traslucir nuestro afán de rebajar la muerte de necesidad a contingencia. Una acumulación de muertes nos parece algo terrible en extremo. Frente al muerto mismo mantenemos una conducta particular, casi de admiración, como si hubiera llevado a cabo algo muy difícil. Suspendemos toda crítica hacia él, le disculpamos cualquier desaguado, ordenamos «De mortuis nil nisi bene», y hallamos justificado que en el discurso fúnebre o en su epitafio se lo honre con lo más favorable. Ponemos el respeto por el muerto, que a este ya no le sirve de nada, por encima de la verdad, y la mayoría de nosotros lo valora más incluso que al respeto por los vivos.

Esta actitud cultural-convencional hacia la muerte se complementa con nuestro total descalabro cuando fenece una de las personas que nos son próximas, cuando la muerte alcanza a nuestro padre, a nuestro consorte, a un hermano, un hijo o un caro amigo. Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos. Nos portamos entonces como una suerte de Asra, de esos que mueren cuando mueren aquellos a quienes aman³.

Ahora bien, esta actitud nuestra hacia la muerte tiene un fuerte efecto sobre nuestra vida. La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse. Se vuelve tan insípida e insustancial como un flirt norteamericano, en que de antemano se ha establecido que nada puede suceder, a diferencia de un vínculo de amor en el Continente, donde ambas partes deben tener en cuenta permanentemente las más serias consecuencias. Nuestros vínculos afectivos, la insoportable intensidad de nuestro duelo, hacen que nos abstengamos de buscar peligros para nosotros y para los nuestros. No osamos considerar cierto número de empresas que son peligrosas pero en verdad indispensables, como los ensayos de vuelo, las expediciones a países lejanos, los experimentos con sustancias explosivas. Nos paraliza para ello este reparo: ¿Quién ha de

³ [Los Asra del poema de Heine («Der Asra», en *Romanzero*, basado en un pasaje de *De l'mour*, de Stendhal) eran una tribu de árabes que «mueren cuando aman».]

sustituírle a la madre su hijo, a la mujer su esposo, a los hijos su padre, si es que acaece una desgracia? La inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renunciadas y exclusiones. Y no obstante, la divisa de la Hansa decía «Navigare necesse est, vivere non necesse!»: Navegar es necesario, vivir no lo es.

Por eso, no puede ocurrir de otro modo: es en el mundo de la ficción, en la literatura, en el teatro, donde tenemos que buscar el sustituto de lo que falta a la vida. Ahí todavía hallamos hombres que saben morir, y aun que perpetran la muerte de otro. Y solamente ahí se cumple la condición bajo la cual podríamos reconciliarnos con la muerte: que tras todas las vicisitudes de la vida nos reste una vida intocable. Es por cierto demasiado triste que en la vida haya de suceder lo que en el ajedrez, donde una movida en falso puede forzarnos a dar por perdida la partida; y encima con esta diferencia: no podemos iniciar una segunda partida, una revancha. En el ámbito de la ficción hallamos esa multitud de vidas de que necesitamos. Morimos identificados con un héroe, pero le sobrevivimos y estamos prontos a morir una segunda vez con otro, igualmente incólumes.

Es evidente que la guerra ha de barrer con este tratamiento convencional de la muerte. Esta ya no se deja desmentir {verleugnen}; es preciso creer en ella. Los hombres mueren realmente; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles un solo día. Ya no es una contingencia. Por cierto todavía parece contingente que un determinado proyectil alcance a uno o a otro; pero al que se salvó quizá lo alcance un segundo proyectil, y la acumulación pone fin a la impresión de lo contingente. La vida de nuevo se ha vuelto interesante, ha recuperado su contenido pleno.

Aquí debería trazarse una separación en dos grupos: los que arriesgan su vida en la batalla, y los que quedaron en casa y no tienen otra cosa sino esperar que la muerte les arrebatase uno de sus seres queridos por herida, enfermedad o infección. Sería muy interesante, sin lugar a dudas, estudiar las alteraciones producidas en la psicología de los combatientes, pero yo sé demasiado poco sobre eso. Tenemos que atenernos al segundo grupo, al que nosotros mismos pertenecemos. Ya dije que a mi juicio el desconcierto y la parálisis de nuestra productividad, que ahora sufrimos, están comandados esencialmente por la circunstancia de que no podemos conservar la relación que hasta ahora mantuvimos con la muerte, y todavía no hemos hallado una nueva. Quizá nos auxilie en

esto dirigir nuestra indagación psicológica a otras dos relaciones con la muerte: la que podemos atribuir al hombre primordial, al hombre prehistórico, y la que todavía se conserva en cada uno de nosotros pero permanece oculta en estratos más profundos, invisible para nuestra conciencia.

La conducta que el hombre de la prehistoria pudo haber tenido hacia la muerte la conocemos, desde luego, sólo por inferencias retrospectivas y reconstrucciones, pero opino que estos recursos nos han proporcionado unas noticias bastante dignas de confianza.

El hombre primordial adoptaba una actitud muy extraña hacia la muerte. No era unitaria, sino, más bien, directamente contradictoria. Por una parte, la tomó en serio, la reconoció como supresión de la vida y se valió de ella en este sentido; por otra parte, empero, dio el mentís a la muerte, la redujo a nada. Esta contradicción fue posibilitada por el hecho de que frente a la muerte del otro, del extraño, del enemigo, adoptó una actitud radicalmente diversa que frente a la suya propia. La muerte del otro era para él justa, la entendía como aniquilamiento del que odiaba, y no conoció reparos para provocarla. El hombre primordial era sin duda un ser en extremo apasionado, más cruel y maligno que otros animales. Asesinaba de buena gana y como un hecho natural. No hemos de atribuirle el instinto {Instinkt} que lleva a otros animales a abstenerse de matar y devorar seres de su misma especie.

La historia primordial de la humanidad está, pues, llena de asesinatos. Todavía hoy lo que nuestros niños aprenden en la escuela como historia universal es, en lo esencial, una seguidilla de matanzas de pueblos. El oscuro sentimiento de culpa que asedia a la humanidad desde tiempos primordiales, y que en muchas religiones se ha condensado en la aceptación de una culpa primordial, un pecado original, es probablemente la expresión de una culpa de sangre que la humanidad primordial ha echado sobre sus espaldas. En mi libro *Tótem y tabú* (1912-13), siguiendo las indicaciones de W. Robertson Smith, Atkinson y Charles Darwin, me he empeñado en desentrañar la naturaleza de esta antigua culpa, y opino que la doctrina cristiana de nuestros días nos permite inferirla retrospectivamente. Si el Hijo de Dios debía ofrendar su vida para limpiar a la

* {«Urmensch»; tres párrafos más adelante, Freud vuelve a emplear varios terminos con el prefijo «Ur», que hemos traducido siempre por «primordial»; «Urgeschichte», «historia primordial»; «Urzeiten» «tiempos primordiales»; «Urschuld», «culpa primordial».)}

humanidad del pecado original, entonces, según la ley del talión (la venganza con lo mismo), ese pecado ha sido una muerte, un asesinato. Sólo esto pudo exigir como expiación el sacrificio de una vida. Y si el pecado original fue un agravio contra Dios Padre, el crimen más antiguo de la humanidad tiene que haber sido un parricidio, la muerte del padre primordial de la horda primitiva, cuya imagen en el recuerdo fue después trasfigurada en divinidad.⁴

La muerte propia fue para el hombre primordial sin duda tan inimaginable e irreal como lo es hoy para cada uno de nosotros. Pero a él se le presentaba un caso en que esas dos actitudes contrapuestas hacia la muerte chocaban y entraban en conflicto recíproco, y este caso devino muy importante y muy rico en consecuencias de vasto alcance. Ocurría cuando el hombre primordial veía morir a uno de sus deudos, su mujer, su hijo, su amigo, a quienes ciertamente él amaba como nosotros a los nuestros, pues el amor no puede ser mucho más reciente que el gusto de matar {Mordlust}. Entonces debía hacer en su dolor la experiencia de que también uno mismo puede fenecer, y todo su ser se sublevaba contra la admisión de ello; es que cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio yo, de su amado yo. Pero por otra parte a esa muerte la consideraba merecida, pues cada una de las personas amadas llevaba adherido también un fragmento de ajenidad. La ley del sentimiento de ambivalencia, que todavía hoy preside nuestros vínculos afectivos con las personas a quienes más amamos, reinaba por cierto aún más incontrovertible en épocas primordiales. Así, esos difuntos queridos habían sido también unos extraños y unos enemigos que despertaron en él una porción de sentimientos hostiles⁵.

Los filósofos han aseverado que el enigma intelectual que le planteaba al hombre primordial el cuadro de la muerte lo obligó a reflexionar y devino el comienzo de toda especulación. Yo creo que los filósofos piensan en esto demasiado... filosóficamente; descuidan los motivos eficaces primarios. Por eso, querría restringir y corregir aquella aseveración: Frente al cadáver del enemigo aniquilado, el hombre primordial habrá triunfado, sin hallar motivo alguno para devanarse los sesos con el enigma de la vida y de la muerte. No fue el enigma intelectual ni cualquier caso de muerte, sino el conflicto afectivo a raíz de la muerte de personas amadas, pero al mismo tiempo también ajenas y odiadas, lo que puso en

marcha la investigación de los seres humanos. De este conflicto de sentimientos nació ante todo la psicología. El hombre ya no pudo mantener lejos de sí a la muerte, pues la había probado en el dolor por el difunto. Pero no quiso admitirla, pues no podía representarse a sí mismo muerto. Así entró en compromisos, admitió la muerte también para sí, pero le impugnó el significado del aniquilamiento de la vida, para lo cual no había tenido motivo alguno cuando se trataba de la muerte del enemigo. Frente al cadáver de la persona amada, inventó los espíritus, y su conciencia de culpa por la satisfacción entreverada con el duelo hizo que estos espíritus recién creados se convirtieran en demonios malignos que había que temer. Las alteraciones [físicas] del muerto le sugirieron la descomposición del individuo en un cuerpo y un alma (originariamente fueron varias); de esa manera, su hilación de pensamientos iba paralela al proceso de disgregación que la muerte introducía. El perdurable recuerdo del difunto fue la base para que se supusieran otras formas de existencia; le dio la idea de una pervivencia después de la muerte aparente.

Estas existencias posteriores fueron al comienzo sólo apéndices de aquella que tronchó la muerte; eran como la de una sombra, vacías, y hasta épocas muy avanzadas se las menospreció; tenían todavía el carácter de unas reproducciones lamentables. Recordemos lo que el alma de Aquiles respondió a Odiseo:

« "... antes, cuando vivías {le dice Odiseo al alma de Aquiles}, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no debe entristecerte que estés muerto".

»Así le dije, y me contestó enseguida: "No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría vivir aquí en la tierra y servir como labrador a otro, a algún hombre indigente de pocos recursos, antes que reinar sobre todos los muertos"»⁶.

⁴ Véase el ensayo IV de *Tótem y tabú* (1912-13) [AE, 13, págs. 147 y sigs.]

⁵ [ibid., ensayo II [AE, 13, pçags. 66 y sigs.]

⁶ Odisea, XI, 484-91.

O en la potente versión de H. Heine, amargamente paródica:

«El más ínfimo filisteo vivo
de Stuckert junto al Neckar
es mucho más feliz que yo,
el pelida, el héroe muerto,
príncipe de las sombras
en el mundo subterráneo».⁷

Sólo más tarde lograron las religiones presentar esta existencia postrera como la más valiosa, como la existencia plena, y rebajar la vida tronchada por la muerte a un mero prolegómeno. Y era consecuente con ello que después se prolongara la vida hacia el pasado, se imaginaran las existencias anteriores, la trasmigración del alma y la reencarnación, todo con el propósito de arrebatar a la muerte su significado de canceladora de la vida. Esa desmentida de la muerte que hemos llamado cultural-convencional comenzó en tales épocas tempranas.

Frente al cadáver de la persona amada no sólo nacieron la doctrina del alma, la creencia en la inmortalidad y una potente raíz de la humana conciencia de culpa, sino los primeros preceptos éticos. El primer mandamiento, y el más importante, de esa incipiente conciencia moral decía «No matarás». Se lo adquirió frente al muerto amado, como reacción frente a la satisfacción del odio que se escondía tras el duelo, y poco a poco se lo extendió al extraño a quien no se amaba y, por fin, también al enemigo.

En este último caso el hombre civilizado ya no siente esa reacción. Cuando la pugna salvaje de esta guerra se haya decidido, los combatientes victoriosos regresarán a su hogar, junto a su mujer y a sus hijos, y lo harán impertérritos y sin que los turbe pensar en los enemigos a quienes dieron muerte en la lucha cuerpo a cuerpo o mediante las armas de largo alcance. Es digno de nota que los pueblos primitivos que todavía viven sobre la Tierra y están por cierto más próximos que nosotros al hombre primordial se conducen en este punto de otro modo (o se conducían así cuando aún no habían sufrido la influencia de nuestra cultura). El salvaje -australiano, bosquimano, o de la Tierra del Fuego- en modo alguno es un matador sin remordimiento; cuando vuelve a casa triunfante de la empresa bélica, no osa pisar su aldea ni tocar a su mujer antes de limpiarse de sus hechos de muerte por medio de

una expiación a menudo prolongada y trabajosa. Fácil es, desde luego, explicarlo por su creencia supersticiosa; el salvaje teme todavía la venganza del espíritu del enemigo aniquilado. Pero este espíritu no es sino la expresión de su mala conciencia por causa de su culpa de sangre; tras esta superstición se oculta un filón de fina sensibilidad ética que nosotros, los hombres civilizados, hemos perdido.⁸

Almas piadosas que a toda costa querrían saber a nuestra naturaleza alejada del contacto con lo malo y lo bajo no dejarán sin duda de extraer, de la temprana aparición y del carácter imperativo de la prohibición de matar, confortantes inferencias acerca de la fuerza de unas mociones éticas que tienen que habernos sido implantadas. Por desdicha, este argumento prueba todavía más lo contrario. Una prohibición tan fuerte sólo puede haber ido dirigida contra un impulso igualmente fuerte. Lo que no anhela en su alma hombre alguno, no hace falta prohibirlo⁹, se excluye por sí solo. Precisamente lo imperativo del mandamiento «No matarás» nos da la certeza de que somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevaban en la sangre el gusto de matar, como quizá lo llevemos todavía nosotros. Las aspiraciones éticas de la humanidad, cuya fuerza e importancia no hace falta andar criticando, son una conquista de 'la historia humana; y han devenido después, en medida por desdicha muy variable, el patrimonio heredado de la humanidad que hoy vive.

Dejemos ahora a los hombres primordiales y dirijámonos a lo inconciente dentro de nuestra propia vida anímica. Aquí nos apoyamos exclusivamente en el método de indagación del psicoanálisis, el único que alcanza a tales profundidades. Preguntamos: ¿Cómo se comporta nuestro inconciente frente al problema de la muerte? La respuesta tiene que ser: Casi de igual modo que el hombre primordial. En este aspecto, como en muchos otros, el hombre de la prehistoria sobrevive inmutable en nuestro inconciente. Por tanto, nuestro inconciente no cree en la muerte propia, se conduce como si fuera inmortal. Lo que llamamos nuestro «inconciente» (los estratos más profundos de nuestra alma, compuestos por mociones pulsionales) no conoce absolutamente nada negativo {Negativ}, ninguna negación {Verneinung} -los opuestos coinciden en su interior-, y por consiguiente tampoco conoce la muerte propia, a la que sólo podemos darle un contenido negativo. Entonces, nada pulsional en

⁷ [Versos finales de «Der Scheidende», uno de los últimos poemas de Heine.]

⁸ Cf. *Tótem y tabú* (1912-13) [AE, 13, págs. 71 y sigs.]

⁹ Véase el brillante argumento de Frazer citado en *ibid.* [AE, 13, pág. 126.]

nosotros solicita a la creencia en la muerte. Y quizá sea este, incluso, el secreto del heroísmo. La fundamentación del heroísmo según la ratio descansa en el juicio de que la vida propia no puede ser tan valiosa como ciertos bienes abstractos y universales. Pero opino que más frecuente ha de ser el heroísmo instintivo e impulsivo que prescinde de cualquier motivación de esa índole y sencillamente arrostra el peligro, tras asegurarse, como Juancito Picapiedra¹⁰, el personaje de Anzengruber: «Eso nunca puede sucederte a ti». O bien aquella motivación sirve sólo para desechar los reparos que podrían detener esa reacción heroica que corresponde a lo inconciente. La angustia de muerte, que nos domina más a menudo de lo que pensamos, es en cambio algo secundario, y la mayoría de las veces proviene de una conciencia de culpa.¹¹

Por otra parte, admitimos la muerte de extraños y enemigos, y la fulminamos sobre ellos tan pronta y despreocupadamente como el hombre primordial. Es verdad que aquí aparece una diferencia que en la realidad habrá de manifestarse decisiva. Nuestro inconciente no ejecuta el asesinato, meramente lo piensa y lo desea. Pero sería equivocado restar a esta realidad psíquica todo valor por comparación con la fáctica. Es lo bastante significativa, y está grávida de consecuencias. En nuestras mociones inconcientes eliminamos día tras día y hora tras hora a todos cuantos nos estorban el camino, a todos los que nos han ultrajado o perjudicado. El «¡Que el diablo se lo lleve!», que un despecho sarcástico tantas veces hace añorar a nuestros labios, y que en verdad quiere decir «¡Que la muerte se lo lleve!», es en el interior de nuestro inconciente un serio y poderoso deseo de muerte. Y más: nuestro inconciente mata incluso por pequeñeces; como la vieja legislación ateniense de Dracón, no conoce para los crímenes otro castigo que la muerte; y hay en eso una cierta congruencia, pues todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, en el fondo, un crimen *laesae majestatis* {de lesa majestad}.

Así, también nosotros, si se nos juzga por nuestras mociones inconcientes de deseo, somos, como los hombres primordiales, una gavilla de asesinos. Es una suerte que todos estos deseos no posean la fuerza que los hombres eran todavía

capaces de darles en épocas primordiales¹²; bajo el fuego cruzado de las maldiciones recíprocas, hace tiempo que la humanidad se habría ido a pique, incluso los mejores y más sabios entre los hombres, y las mujeres más hermosas y encantadoras.

Por tesis como esta, el psicoanálisis no suele ser creído por los legos. Las desaprueban tildándolas de calumnias indignas de tenerse en cuenta frente a las aseveraciones de la conciencia, y hábilmente se omiten los mínimos indicios por los cuales lo inconciente suele también delatarse a esta última. Por eso es oportuno señalar que muchos pensadores que no pudieron estar influidos por el psicoanálisis han condenado con claridad suficiente la predisposición de nuestros pensamientos secretos a eliminar lo que se nos interpone en el camino, con prescindencia de la prohibición de matar. En remplazo de otros muchos, escojo un único ejemplo que se ha hecho famoso.

En *Le Père Goriot*, Balzac alude a un pasaje de las obras de J.J. Rousseau, quien pregunta al lector qué haría si -sin abandonar París y, desde luego, sin ser descubierto- pudiera dar muerte a un viejo mandarín pequinés cuya desaparición hubiera de granjearle sumo beneficio. Deja entrever que no juzga muy a salvo la vida de ese dignatario. «Tuer son mandarin» se ha convertido desde entonces en expresión proverbial para esta secreta predisposición, que es también la de los hombres de hoy.

Hay, además, toda una colección de chistes y de anécdotas cínicas que testimonian en este mismo sentido, como aquella declaración atribuida al cónyuge: «Si uno de nosotros muere, me mudo a París»¹³. Tales chistes cínicos no serían posibles si no comunicaran una verdad desmentida que no se podría confesar de manera expresa, seriamente y sin disfraz. En broma, como es sabido, puede decirse hasta la verdad.

Tal como le sucedía al hombre primordial, también para nuestro inconciente se presenta un caso en que las dos actitudes contrapuestas frente a la muerte -una que la admite como aniquilación de la vida, y la otra que la desmiente como irreal- chocan y entran en conflicto. Y este caso es, como en las épocas primordiales, la muerte o el peligro de muerte de uno de nuestros seres queridos, un padre o cónyuge, un hermano, un

¹⁰ [«Steinklopferhanns», personaje de una comedia del dramaturgo vienés Ludwig Anzengruber (1839-1889).]

¹¹ [Tratamientos más amplios de la angustia de muerte se incluyen en los párrafos finales de *El yo y el ello* (1923b), AE, 19, págs.58-9, y en inhibición, síntoma y angustia (1926d), AE, 20 pág. 123.]

¹² Cf. *Tótem y tabú* (1912-13'), ensayo IV[AE, 13., págs. 88-9.]

¹³ [Esto es citado también en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 5 pág. 481.]

hijo o un amigo entrañable. Estos seres queridos son, por un lado, una propiedad interior, componentes de nuestro yo propio, pero, por el otro, también son en parte extraños y aun enemigos. El más tierno y más íntimo de nuestros vínculos de amor, con excepción de poquísimas situaciones, lleva adherida una partícula de hostilidad que puede incitar el deseo inconciente de muerte. Pero de este conflicto de ambivalencia no surgen, como en aquellos tiempos, la doctrina del alma y la ética, sino la neurosis, que nos permite penetrar hondamente incluso en la vida anímica normal. Hartas veces los médicos que practican el tratamiento psicoanalítico se han encontrado con el síntoma del cuidado hipertierno por el bienestar de los familiares, o con autorreproches totalmente infundados tras la muerte de una persona amada. El estudio de estos hechos no les ha dejado duda alguna sobre la difusión y la importancia de los deseos inconcientes de muerte.

El lego siente un extraordinario horror frente a la posibilidad de tales sentimientos y toma esta repugnancia como fundamento legítimo de su incredulidad hacia las aseveraciones del psicoanálisis. Creo que se equivoca. No se intenta desvalorización alguna de nuestra vida amorosa, ni va implícita en ello. Bien lejos está, sin duda, de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento el acoplar de esa manera amor y odio. Pero toda vez que la naturaleza trabaja con este par de opuestos, logra conservar al amor siempre despierto y siempre fresco, para reasegurar así contra el odio que acecha tras él. Es lícito decir que los despliegues más hermosos de nuestra vida afectiva los debemos a la reacción contra el impulso hostil que registramos en nuestro pecho.

Resumamos ahora: Nuestro inconciente es tan inaccesible a la representación de la muerte propia, tan ganoso de muerte contra el extraño, tan dividido (ambivalente) hacia la persona amada como el hombre de los tiempos primordiales. ¡Cuánto nos hemos distanciado de ese estado

Apéndice. Carta al doctor Frederik van Eeden

originario con la actitud cultural-convencional hacia la muerte!

Fácil es señalar el modo en que la guerra se injerta en esta disarmonía. Nos extirpa las capas más tardías de la cultura y hace que en el interior de nosotros nuevamente salga a la luz el hombre primordial. Nos fuerza a ser otra vez héroes que no pueden creer en la muerte propia; nos señala a los extraños como enemigos cuya muerte debe procurarse o desearse; nos aconseja pasar por alto la muerte de personas amadas. Pero la guerra no puede eliminarse; mientras las condiciones de existencia de los pueblos sean tan diversas, y tan violentas las malquerencias entre ellos, la guerra será inevitable. Esto plantea la pregunta: ¿No hemos de ser nosotros los que cedamos y nos adecuemos a ella? ¿No debemos admitir que con nuestra actitud cultural hacia la muerte hemos vivido de nuevo en lo psicológico por encima de nuestros recursos? ¿No daremos marcha atrás y reconoceremos la fatal verdad? ¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? No parece esto una gran conquista; más bien sería un retroceso en muchos aspectos, una regresión, pero tiene la ventaja de dejar más espacio a la veracidad y hacer que de nuevo la vida nos resulte más soportable. Y soportar la vida sigue siendo el primer deber de todo ser vivo. La ilusión pierde todo valor cuando nos estorba hacerlo.

Recordamos el viejo apotegma: «Si vis pacem, para bellum»: Si quieres conservar la paz, ármate para la guerra.

Sería tiempo de modificarlo: «Si vis vitam, para mortem»: Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.

Apéndice. Carta al doctor Frederik van Eeden

[Esta carta fue escrita por Freud a fines de 1914, pocos meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial y pocos meses antes de redactar «De guerra y muerte». El destinatario de la misiva, Van Eeden, era un psicopatólogo holandés a quien, sin embargo, se lo conocía más como literato. Hizo larga amistad con Freud, aunque nunca aceptó las ideas de este. La carta fue publicada por primera vez en alemán por Van Eeden en un semanario de Amsterdam, *De Amsterdammer*¹, el 17 de enero de 1915 (nº 1960, pág. 3). Aparentemente, nunca más volvió a imprimirse en alemán. Ernest Jones la tradujo al inglés en el segundo volumen de su biografía de Freud (1955, pág. 413).]*

Viena, 28 de diciembre de 1914

Distinguido colega:

Esta guerra hace que me atreva a recordarle dos tesis sustentadas por el psicoanálisis que indudablemente han contribuido a su impopularidad.

Partiendo del estudio de los sueños y las acciones fallidas que se observan en personas normales, así como de los síntomas de los neuróticos, el psicoanálisis ha llegado a la conclusión de que los impulsos primitivos, salvajes y malignos de la humanidad no han desaparecido en ninguno de sus individuos sino que persisten, aunque reprimidos, en el inconsciente (para emplear el término de nuestro lenguaje), y que esperan las ocasiones propicias para desarrollar su actividad. Nos ha enseñado también que nuestro intelecto es una cosa débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestras inclinaciones pulsionales y afectos, y que todos nos vemos forzados a actuar inteligente o tontamente según lo que nos ordenan nuestras actitudes [emocionales] y resistencias internas.

Ahora bien, si repara usted en lo que está ocurriendo en esta guerra -las crueldades e injusticias causadas por las naciones más civilizadas, el diferente criterio con que juzgan sus propias mentiras e iniquidades y las de sus enemigos, la pérdida generalizada de toda visión clara de las cosas-, tendrá que confesar que el psicoanálisis ha acertado en esas dos tesis.

Es posible que no haya sido totalmente original en ello; son muchos los pensadores y los estudiosos de lo humano que han formulado afirmaciones semejantes a estas; pero nuestra ciencia las ha elaborado detalladamente, empleándolas a la vez para descifrar muchos enigmas de la psicología.

Confío en que volveremos a vernos en tiempos mejores. Suyo cordialísimo,

Sigmund Freud

¹ [Este nombre fue modificado más tarde por *De Groene Amsterdammer*.]

* {Traducciones en castellano (cf. La «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6) : 1956: «Carta al doctor F. Van Eeden», RP, 13, n.º 3, págs.284-5, trad. De L. Rosenthal. La versión castellana de la biografía de Jones, que incluye esta carta, es de fecha posterior (Buenos Aires; Asociación psicoanalítica Argentina, 3 vols., 1960, 2 págs. 387-8 trad. De M. Carlisky; 2º ed., Buenos Aires: Hormé, 3 vols., 1976, 2. págs 387-8, el mismo traductor).}

OJEKUAHA'VA KO'ÁGÃ RUPI ÑORAIRÕ HA ÑEMANO REHEGUA

I.JEROVIAVE'Y OGUERÚVA PE ÑORAIRÕ (Del pensamiento de Sigmund Freud)

Ko'ágã rupi jaikopa ñorairõ ratãme. Ndikatui jaikuaá hekópe mba'eve, noñembe'úigui ñandéve oñemombe'u haguãicha, temimombe'u nahi'aguĩri ñandehégui, mba'eta oikóva ha oikovéva rehegua, oikopámava téra oñepyrúva oiko, ikatu'y jahechakuaá mba'épa oñeha'arõkuaá tenonderãguio, ja'a kuaa'avýpe ha ñañembotavy opa ñañandúvare ha ñaimo'ávare. Ikatu ja'e, araka'eve peteĩ mba'ejehu nombyaĩri hague ñande reko rehegua ha arapy rekopy hepýva ñandéve guarã ha ndohejai vaekue, ko'agãguáicha, apytu'ũ apañuáipe umi yvypóra iñakã porávévape ha ndoityi vaekue yvýre opaichagua mba'ererovia. Arandu jepe okañy hekoañeteguágui ha oike tekopochýpe. Umi iñarandúva itaryryi ha iñakávaiva ñorairõre, oñeha'ã opaicha oipo'o mba'ekuaágui ojeporójukaha oity haguã iñamotare'yme. Umi yvypóra reko kuaaha'áhára (antropólogo) he'i vaerã hovaiguáre ndaha'eiha mba'eve ha itie'y rekoha umi hendivekuéra o'íyvere ha umi apytu'ũ mba'asy kuaahá katu, hasyha iñakãme, itarovaha. Ha ikatu oime ñaro'yrõeteĩ ha ñande pochy mba'evaí ko'agãguáre, há katu ndaikatui ñambojoja ymaguare ñandé jaikove'y vaekuére.

Upe máva oiko'y vaekue ñorairõhá ramo -ja'e porásérõ guarã mba'e chu'imíme upe ñorairõ guasúpe- oñeñandu ndoikuaavei mamópa ohóta ha ikangy oñemba'evona haguã (para producir). Chéverõ guarã, ojuhu porãne oimeraéva tekombó'e chu'imi ombohasy'yva chupe ojejuhu jevy ipy'apýpente jepe. Umi mba'e omopy'akangy vaekue umi hógape opyta vaekuépe, hasýva ijoko, oime mokõi mba'e ikatúva jahecha ko'ápe: jeroviave'y ogueru vaekue pe ñorairõ guasu ha mba'eñembyekovia omoĩ vaekue ñande ári - opáichagua ñorairõ ojapoháicha- umi ñañandúvape mano rehegua.

Añe'ẽ ramo pe jeroviave'y rehe, opavave oikuaá mba'épa ha'ese. Natekotevēi nde kepoayhu poriahuvareko (visionario compasivo); ikatu ojehechakuaá, tekove ha temiandu rehe, tekotevéha ojeiko'asy ojeikove aja pukukue, ha upéicharõ jepe, oñeguero'yrõ ñorairõ, oiporúva ha ohekávare, ha ojeipota opa. Oje'éva jepe, ñorairõ ndikatumo'ãiha opa, ojeikove joavy aja pukukue, ojoavy aja pukukue aveí pe temiandu ojererekóva yvypóra rehe, ha pe ja'e'y ojeuhe imbarete aja pukukue ñanderehe.

Oje'e aveí ko arapy ojapóta gueteriha ohóvo ñorairõ are peve, umi tetã hekoymáva ha umi opu'áva pa'úme ha umi ipire joavýva apytépe, ha

Európape ave umi tetã hekoymavéva opu'átaha oñuakãre, téra katu umívape oñerairõ.

Ha oñeha'arõve katu. Umi tetã guasu oikoha yvypóra morotíva, oguerékóva ipópe kuéra ko arapy ha maymávape oisambyhýva; umi omba'apóva omba'ereko haguã yvy tuichakue: mba'ekatupyha (tecnología), arandu, mba'eporã'apo, mba'eporã apopyre opaichagua. Umívagui oñeha'arõ omyatyrõne haguã ojejoavyha ha ojejekoupyty'yha. Umíva umi tétame oñemoĩ kuri tekorã hasýva ijapo yvypórape guarã oñemohendasérõ tembiapo aty pa'úme. Umi tekorã umíva, sapy'ánte ipohyietereíva, ojopy jopyve chupe ohejareí haguã heta mba'e oipota ha oikotevéva, ha omboyke imba'eandu apo. Hi'arietegua oñemondikatui ichugui oiporúvo changüi ome'ëva chupe pe ñeñombohováipe japu ha ñemonda upe hembipota rekápe. Tekuairekoha iñarandúva (*) oguerekomíva ko'ã tekorã angatu (normas éticas), ombohapo haguã hekove ha ojapóva oimeraéva mba'e oimérõ omomarãva ha omboyke, ha oñeha'áva ojoko mbaretépe ani oime omboaje'y (criticar). Oñeimo'ã kuri, Tekuairekoha voí (el propio estado) omomba'eguasúta ha ndojapoichéne haguã mba'eve omomarã vaerã upe hekove rapo. Ipahávo ikatu jahechakuaá, tetã guasu kuéra iñarandúva pa'úme oimeha isarambi umi tetã ojehayhu'yva ha pochype mante ojehejáva ndaupárupi, omba'apo, jepevénte oime ra'e ohechuka ikatupyryha. Pero ikatu ñaimo'ãkuaá, umi tetã guasu, ha'eháicha, ohupytýma hague ojekoupyty herekopy oguereko jojáva oñondive ha oñemboheko apyryve umi ojoavyhápe, ikatu'y haguãicha ojuqueroko pytagua ramo téra ojoavýva ramo, ikatuve'y mava ojehe'a peteĩ temiandu añópe, oikómi haguéicha gueteri yvypóra rekoymavépe.

Hetaiterei yvypóra oheja hetã teé ha oho heta'yme ha oñemoĩ omba'apo mba'e ñemúme umi tetã ojoayhúva pa'úme. Upei ave, umi jeikove'asy ogueraha'y katuetéva omoinge peteĩ hendápe año, ikatu opu'ã oiporu kuaá ramo changüi ome'ëva chupe umi tetã arandu, ha oñomohetã pyahu, tetã tuichavéva, mamó oikohápe ojepoko'yre hesekuéra ha jeroviápe. Ha upéicha hory pe yguazú hovývare ha hungývare, umi ka'aguy henyhëmbáva amangue rypy'úgui (de nieve), umi ñu hovýre, umi yvyraty oporomomandu'áva heta

mba'e yma guarére ha umi py'aguapy ojejuhúva yvy oñepyrú'ýhápe. Upe tetã pyahu upéva ha'e aveí chupeguarã, mba'e ymangue renda (museo) ojejuhuhápe mba'e porãita yma ymave guive ohejáva oúvo arapýpe ijapohare. Ha ohechávo ko'ã mba'e peteĩ hendágui ambuépe, ikatu oikuaapyhy opa mba'e iporãveha oguerúva yvypóra jehe'a, tekopoaty pukukue, ha ome'ëva Yvy Ñande Sy, ñane retãyguarépe jaikuaá ppukuvehápe. Upépe oñemuña ra'e ikatuveha peve mbarete ha py'aguasu, upépe ojepyso ha okakuaá mba'eporãita omboaguyjéva tekove, ha ambué henda rupi, pe ñemohenda kuaá ha jehekorã kuaá ha hetave mba'e ojapo vaekue yvypóragui ko Yvy rendota.

Ñanderesaráiri vaerã aveí, umi oikóva iporã ha iñaranduvehápe ojejapó hague ÑE'ÉPOTYRENDÁ (Parnaso) ha MBA'EKUAAÑEPOROMBO'EHA (Escuela de Atenas)¹. Umi ñemo'angára tuichavéva (grandes pensadores) ñe'ëmorangatu kuatiahára, mba'eporã apoha opa tetã megua apytépe, ojeporavo ra'e umi oñeimo'áva ohupyty hague mba'eporãnguéve ha mba'ekuaave hekovépe, ha omoí umi ymaite guare reama ove'ýmava, ojehayhu ha oñeporãngarekóva, ha upéicha aveí umi porombo'ehára ko'agãguáva, oñe'ëva ha'ekuéraicha iñe'ë. Avave umívape ndojererekoi tetã ambuegua ramo oñe'ë hagüere ambué ñe'ë, taha'e jepe ra'e umi yvypóra reko oikuaaha'áva (antropólogo), umi ipáype ikerecháva, mba'e porã rayhuhára; tajepe umi ta'uvóhára (profetas) iñe'ë poromondýiva ha tajepe ra'e umi iñe'ë ñembohory kuaáva. Ha opa ko'ã mba'e ndoporoguerahái jerovia'ýme téra hetã poguyrópe (traición) téra iñe'ëteé ñero'yrópe.

Sapy'ante jepe oime ombotyaiséva mba'ekuaá vy'a; umíva he'í, jejoavy ojererúva ymaite guive ndaje, ndikatuiha ojejoko ñorairõ tetã nguéra pa'úme.

Ndojereroviasei vaekue chupekuéra, ¿mba'éicha piko oñeimo'ata oñeñorairõ'taha, ko ojeikove vaerãva? Ojehechauka potávo mba'éichapa okakuaá pe yvypóra mba'eandukatuha, yma Grecia-pe ndikatui ramo guare guive oñehundi peteĩ taba iñemoirúha pegua téra oñemondygue (arrasar) peteĩ tarumandy (olivares) ha ojejoko y.. Peteĩ ñorairõ gua'úicha, umi ojejapóva ojehechuka haguã máva imbareteve, ani oimétei ojekutu vaíva téra opytáva hasy. Ojeporahuvareko vaerã uveí

umi osé vaívape, oñerenohé ñorairõ'hágui ha oñeñangarekouka pohanohára ha ipytyvõha kuéra pype. Ha upéi ave, ndojepokoi vaerã tavaygua oñorairõ'ývare, kuña kuéra rehe, oñemomombyrýva ñorairõ'hágui, ha mitã kuéra rehe, tuicha rire ome'ëtava porayhu ha pytyvõ, oma'ë'ýre mávapepa. Upéicha aveí, oñemboaje ha oñemomba'eguasú vaerã umi tetã ambue kuéra remimondo aty, ko'ágã tuicha mba'éva mba'ekuaá ñemoirúme, ñorairõ've'ý rekópe oñeime jave.

Pe ñorairõ guasu ñane mandu'ahavaichagua, añetehápe, ogueru vaerã aveí heta mba'evaí ha ñembyasy, ha upéicharõ jepe ndojokoi vaerã mba'eandu porã megua ñomongeta tetã sambyhyha kuéra pa'úme arapy javeve, tavaygua aty ha tetã sambyhyha, tekuaí ruvicha, apytépe (entre los pueblos y los Estados).

Pe ñorairõ, jaroviasé'ý vaekue outaha, oú ha ogueru ondive pe jeroviave'ý. Ha ndaha'ei tuichavévante opa ñorairõ tapykueve guarégui, hetave ha tuichavégui jeporojukaha pe tapykueve guaréichante aveí iñarõ, heko'aña ha iporiahuvareko'ý. Oheja yvýre opa oñeñemoí hague peteĩ ñe'ëme tetã nguéra py'aguapy árape, oñehenoí vaekue tetã nguéra akatureko derecho internacional). Ndohechakuaái ojejapíva remiekotevê ha pohanohára rembiapo; ndohechakuaái tavaygua oñorairõva ha oñorairo'ýva ha nomomba'eguasú mba'erekopy ijárava (no respeta la propiedad privada). Omondygue (arrasa), pochy vaípe, opa ojuhúva henondépe, ndaiporiva ramoguaicha tenonderávo py'aguapy yvypóra pa'úme.

Ñorairõ omondoro tekojoja tetã nguéra oñorairõva pa'úme, ha oheja pochy ha py'avaí ijapytépe kuéra, are peve ojoko haguã jekopyty ha ñemoirú jevy.

Opa ko'ã mba'e ohechuka aveí peteĩ mba'e jaroviasé'ýva: Tetã nguéra iñarandúva sa'ive ojokuaá ha ojokoupyty ha ikatu oma'ë ojehe ja'e'ýme ha kyhyjépe. Ha oime aveí peteĩ tetã guasu arandu ojeja'e'ýha arapy javeve ha oñeñeha'áva ojepe'ã tetã arandu kuéra apytégui, aipo igagua'arekógui, jepevénte ohecha ikatupyryha hetaiterei mba'eapokuépe². Naha'arõ oú temimombe'u ijapu'ýva ohechauka vaerã, añetehapeha upe tetã upéva, iñe'ë sa'ive omboyke vaekue jeikoporã rehegua, yvypóra apytépe.

(1) Mokõi mba'era'anga porã RAFAEL ojapo vaekue Vatikánope ohechuka peteĩ hendápe ñe'ëpotyjára herakuãgusuvéva. Mokõihápe katu umi iñarandúva. Freud oiporu umi ta'anga ombojoja haguã ojapóvare, oikuaaha'ávo kepegua mba'erechakue.

2 Oime mandu'a ko'ã, mba'e rehe ku "Presentación AutoBiográfica-pe (1925), AE, 20. pag. 46).

*(Jaiporu meme rupi ja'e castellano-pe "civilizado", ja'e rangué hendapeve "culto").

¿Pero máva voí piko ágãrupi ikatu opu'ã he'i haguã ojehe mba'épa hembipota?

Tavaygua opa tetã megua ohechakatu vaí vaí (se ven más o menos representados) tekuaivuvicha rehe, ha'e omyatáva ha upe tekuaí (Estado) mojerovia mburuvicha kuéra isambyhyháre. Tavaygua'eí katu (el ciudadano particular) ohechakuaá ñemondyípope upe ñorairõ guasu rehe peteĩ mba'e ohechavýmava voí oñeñorairõ'ỹ javépe: tetã sambyhyhára ojopyha hendive (yvy'póra ndive) ani haguã ojapo tekojoja'ỹ, ndaha'ei katuete upéva oipotágui opa, oipotágui katu ha'énte oguerékopa ipópe, oguerékoháicha juky ha petỹ (ja'ese opamba'e). Tetã opororairõva oiporu oiporuseháicha tekojoja'ỹ ha mbarete, omoñiva tavayguápe ha ndaha'ei oiporúva katupyry aí añõnte, japu ave katu ha ñemonda, upe hovaigua ija'e'ỹháre, ha añetehápe ja'etarõ, tuichave ha ivaietevéva opa ñorairõ tapykueve guarégui. Tetã sambyhyha ojopy tavayguápe ojekuai (obedecer) ha ohasa asy haguã ikatuve'ỹha peve ha ndohejai chupe (tavayguápe) oikuaá mba'eve oñongatupa ichugui opamba'e, ndohejai he'i he'iséva ha oñemo'anga oñemo'angaseháicha (no les deja pensar libremente) ohejáva chupe ponandi, oikuaa'ỹre mba'épa ikatu ojapo ivai javé téra oñemosarambi javé mbae mombe'ureí. Upéicha aveí, omboyke ijeheguireí umi oñeñemoĩ hague peteĩ ñe'ẽme oimeraéva ambué tetã ndive, ha he'i jevyevy imba'epota ha oporombopoguyseha, ha upei ojopy tavayguápe ojepopete haguã tetã rayhupápe.

Ha aníke oje'e umi tetã sambyhyha ndikatuiha oheja pe tekojoja'ỹ jeporu, upéicharõ ikangyvétagui. Tavayguápe guarã aveí naiporãi tekoporã apo, omboyke mbarete. Tetã sambyhyha kuéra ndaipojakatuí (no son capaces) ohepyve'ẽ haguã yvypórape ijeiko'asykue.

Upéicha aveí, ndiporiche mba'érepa haguã, pe tetã sambyhyha kuéra jeikoporã kangyve omoakangyveha aveí mba'eandu porã tavaygua apytépe. Nane mba'eanduha (nuestra conciencia moral) ndaha'ei tekojoja rerekua (juez) omba'eme'ẽ'ỹva (insobornable) ijypýpe ha'énte voíva opavave py'arekotevẽ (angustia social)³. Jevyevy tavaygua omboyke ramo pochy ha jeja'o, opa aveí tembipota vaí ñemboyke, ha tavaygua oporojopy'aña, (crueldad), ojehekoporãngue'ỹ (perfidia), ojehekopoguyro (traición) ha oiporu

³ Freud he'íma vaekue, hasy ve'ỹ haguãicha, mba'épa upe jajepyngataha (jep'yapy ñande rekóre). Peteĩ ñe'ẽ kuatiá mbyky oguenohẽ vaekuépe, hérava Narcisismo. (1914)

mbarete, oñeimo'ãma vaekue ndoikemo'ãveimaha ñande reko arandúpe. Ha upéicha, upe tavaygua arandu jahechauka vaekue arapy javéve, ñane mandu'aha jajúvo, ikatu hapeavypa ha ndoikuaavei mba'épa oja'póta, arapy ndaha'ei vaichava imba'e renondépe, oñemboja'opáva, oñembyaipápe hekorepy opaveve mba'éva, tavaygua ojoajupa'ohápe, heño'ayvipahápe (envilecidos).

Tekotevẽ arã ñamohenda peteĩ tove pe jeroviave'ỹme. Ja'e porãserõ guarã ndajaguyjéiva, nahendáiva, ha'énte voí niko ku ñane rembipo ñemyaikue. Umi ñane rembipota, jajetavyporuha niko (las ilusiones) oñekuave'ẽ oipe'águi ñandehegui ñembyasy, ha upéva rangue oheja ñandéve vy'apavẽ. Aipórõ jaipyhykuaá mante vaerã, pyahẽyme, sapy'ánte, umi sapy'ánte ñane remiandu kuéra oñemotá ramo peteĩ mba'e pehenguére ha oñemboja'opa.

Mokõi mba'e oime ko ñorairõ guasúpe, ñane mbojeroviave'ỹva: sa'i oiporu tetã sambyhyha kuéra pe mba'eandu marangatu tetã ambué kuéra gotyo, ha ipype katu oñeha'ã ogueroviauka, ha'ekueraha umi oñengareko ha oipysy'õva tekomarangatu; ha upei ave, pe sagua'areko (brutalidad) ohechukáva ojehe umi tekove, iñarandúgui ñaha'arõ'ỹ hague upeichataha.

Ñañepyrũ pe japyta hague mokõihápe ha ñañeha'ã ñamombykypeteĩ ñe'eatývo añóme (en una sola frase) temiendu ñamohendaséva. Mba'éicha piko ikatu añetehápe jahecha pe yvypóra ohupytý ramo ijyvateveha imba'eandúpe?. Tenondete oje'éne: "ha'éko imarangatu ha naiñañai oikove ypy guive, iñepyrũha guive". Hákatu, kóva rehe nañanemandu'a mo'ávéma ko'ápe. Mokõiha ñembohováipe katu oje'éne oiméne haguã oĩ pe ikakuaaháre, ha upéva ikatukuaá ha'e: yvypóra mba'eandu omboykéva chupe ivaiha gotyo, ojehapo'o chugui, ha oñehekombo'e rupi ha iñaranduvégui hekoha, ohasa mba'eandu marangatu ramo, mba'eporã japosépe. Upéicha ramo, ikatúne jahecharamo añetehápe, umi péicha ojehekombo'éva ho'a jevyha teko'añáme.

Pero ko ñembohováí oguereko ipype pe mba'e ñambotoveséva. Añetehápe, teko'aña ndojepo'oi. Pe mba'eandu nohesa'ỹijo (ja'éva investigación psicológica ha ja'ese ramo guarã hekopeve psicoanalítica) ohechuka pe yvypóra rekoteé, pypukuehápe, peteĩnteha opavavépe, ohekáva omboaguyje hemiekotevẽ hekoypýpe guare. Ha'eháicha ramo, umi temiekotevẽ umíva, naiporãi ha ndaivaíri ave, ñamohendá ramo ojupytyhápe temiekotevẽ ha opavave tavaygua rembierure ndive. Jahechakuaá vaerã, opa umi mba'eandu

oñemboykéva ivaire (takate'ỹ arareko umía) oñemohendaha umi ymaite guare pa'ũme.

Umi temiendu ymave guare, okakuaá vaerã ohóvo tape pukúre ojeheja mboyve chupe oike kakuaá rembiapópe. Ojejoko, oñemondo ambué tembiapópe ha ambué henda gotyo, oike ojopype, ojererova ambué mba'épe, oñemyengovia ha ojere, ñembyatyvo-tyvópe (en parte) pe yvypóra ári voí. Oime sapy'ánte pe mba'eandu joaju ha'ete ku ojererováva ha oñeimo'ã takate'ỹgui ojehasaha tekomarangatúpe ha pe añarekógui katu ha'ete ojehasáva py'aporáme⁴. Upéva oiko jahechá hetave jevy heta mba'eandu ojechauhaha mokō-mokōi ojovaigua ramo, mba'e oiko katu'ỹva ha ojekuaakatu'ỹva, oñembohéra vaekue "mba'eandu rekojoyvy" (ambivalencia de sentimiento). Ndashasi jahecha ha jaikuaá haguã mba'éichapa hetave jevy mborayhu ha ja'e'ỹ ojecha oñondive, ojehe'a ojehe, peteí tapichápe año. Pe andureko resa'ỹijo (psicoanálisis) ohechuka hetave jevy, umi mba'eandu ojoharúva (contrapuestos) oikoha oñondive peteíme.

Ojeí rire ojehegui aé, yvypóra ojere jevy hekoteépe, vaí vaí mante ikatúva ja'e hesekeúra "iporã térã ivaí". Yvypóra rehe namemei ikatu ja'e "imarangatuha" térã "hekoañaha" añetehápe. Ikatu ja'e imarangatu peteí hendápe ha hekoaña ambuépe. Oí mba'éichapa ojeikóre. Mitã hekoaña vaichava jahecha iñepyrũrã, tuicha rire jahecha oñembyekoviaha iporayhúva rehe. Umi imítame "hakate'ỹ" vaekue, ikatu oiko chugui tuicha rire tavaygua oporopytyvóséva ha oiporara kuaáva teko'asy. Heta oime imítame oñembosarai ha ojuka vaekue mymba, tuichávo oñangareko hesekeúra ha itapicharayhu.

Pe mba'eanduvaí ñemyatyrõ óu mokōi mba'égui, peteí ñande pype ha ambué okáguio ñandehegui, ñande jerére, mokōivéva peteí tapépe. Pe ñande pypeguáva ojopy mba'eanduvaípe -ja'e chupe takate'ỹ- taguyrõ (erotismo). Pe taguyrõ rupi, umi mba'eandu vaígui oiko mayma yvypóra rembipota (pulsiones sociales). Jahechakuaá mborayhu iporãveha ha ikatuha jaheja hetave mba'e. Pe mba'e okaguiguá katu óu ñandéve tekombo'égui, arandu ha mba'ekuaá reikuaaha'ava nde rekohágui-ha oñemotenondéva tekombo'e rupi. Mba'ekuaá ojejapy ojeheja rupi umi mba'e oporomyañáva ivaiha gotyo, ha opa temiandu oguhẽ ramóvape ojejopy aveí oheja haguã tekotevéva. Ojeikove aja pukukue, mba'eandu okaguiguáva ojererova mba'eandu tekove

pypegua ramo. Mba'e mimi taguyrõ reheguáva reheve, heta hetave ko'ëre, takate'ỹ ojererováva tekoporáme, tavaygua porayhu ramo. Ipahávo ikatu ja'e, umi mba'eandu ñande pypegua, ñande apyhy ha okakuaá vaekue óuvo ñanderehe -arapy rekoasa pukukue- iñepyrũha guive voí oiko ñanendive, oike rupi ñande pype okáguio. Yvypóra, ojereroikovévo ogueru ondive, hemonga ypykuégui, hembirejakué ramo, mba'eandu takate'ỹ rehegua ováva upei porayhúpe, ha upéva ndahasyi oiko haguã. Ha oime umi ojererováva ojeikove aja pukukue. Upéicha jahecha, yvypóra ndaha'eiha ogueroikéva ipype mba'eandu ha mba'ekuaá koágã rupiguánte, opa arandu hemonga ymangue rebirejakue katu aveí.

Ñahenoi ramo "katupyry arandu apyhyrã", pe yvypóra ikatuha omyengovia takate'ỹreko ñande rete retia'eha (taguyrõ) rupi, ikatu ja'e hakambyha mokōi mba'épe: peteí, pe ojererúvo voí ojeikove ypývo, ha ambué katu, umi mba'eandu ojejapyhy vaekue ojeikove aja pukukue, ikatu'ỹva ojekuaá mávapa tuichavéta, michívéta, térã ikangyvéta, ha mba'éicha aveípa ojoavyvy umi mba'eandu yvypóra rekovépe omyi'ỹva renondépe.

Memeteí ojehe ñandéve ñamomba'eguasú umi mba'eandu jarúva voí ñanderehe jaikovévo; upei, ikatu sapy'ánte ñambotuichave ha'ehágui ñande katupyryha mba'ekuaá pyhýpe, ñambojoja ramo mba'eandu ñande pypegua voí rehe, óu vaekue ñanendive ha opyta heko'ymáme, óu haguéicha.

Jajavy ñaimo'ã ramo yvypóra "iporãveha" pe añetehápe ha'ehágui. Ha oimé gueteri peteí ombotyséva ñande arakuaá (juicio) ha ohechula ñandéve iporãva ramo umi iporã'ỹva térã iporãite'ỹva.

Ambué yvypóra mba'eandu okañy ñane mba'ekuaakatu'hágui (escapa a nuestra percepción). Jahechakuaá hekotapiaguáre ha ojapóvare, jaikuaaha'áva óu ramoguáicha mba'eandu rekógui. Opa mba'e jaikuaáva upéicha, hetave jevy, na'añetei. Mokōi mba'epopyre iporãva, ikatu óu py'aporãgui, ha ikatu nahániri. Umi tekoporãrehegua (ética) ombo'éva he'i: mba'eporã ouha py'aporãgui mante ha ndaiporiha moóguipa ikatuve óu. Yvypóra aty katu (la sociedad), hemiekotevé omotenondéva, omboyke upéva ha chupe guarã iporãma yvypóra oiko arandu tapiagua ohechakuaaháicha, ha sa'i oporandu mba'éicha rupípa upéicha.

Jaikuaaháicha, ñane mba'eandu óuva ñandéve tekombo'égui ha ñande rekohágui, omoingoé yvypóragui heko'yma iporã haguã gotyo, takate'ỹgui ohasa tekoporayhúpe. Ndashaei jepe upéva oiko meme ha oiko katuetéva. Tekombo'e

⁴ [Cf. "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915c), supra, pág. 124]

ha umi mba'e ñande jereregua, ndaha'ei mborayhu jopoi añõnte oikuave'ëva ñandéve; omba'apo aveí heta ambué jopóire: jehepyve'ë ha ñenupã. Aipórõ hambireja ikakuaá ome'ë pe tekove ohekovoñávape, oho mba'eporã apó gotyo, oime'yre ojererova pe mba'eandu ipypegua takate'y rekógui porayhu rekópe. Upevakuégui osë peteí mba'ete; oiméne mba'éichapa peteí tekove hekoporã tapiá imba'eandu omyañágui chupe upe gotyo; ambué katu, imba'eporã oñandu térã ohechakuaá ramo, pe mba'eporã apo omoí poráveha chupe ojapo haguã ojaposéva imba'eandu rakate'yha rüepýpe, ipuku aja hembiaipo. Jaikuaá vaí vaínte ramo peteí tekove katu, nomyesakã ñandéve mávapa añetegua umi mokõi pa'úme, ha jaikuaá voí, ñane akāraku ikatuha ñande reraha ñambovyve hetápe yvypóra retakue ojeheko moambué vaekue mba'ekuaápe.

Umi arandu rayhuha oñeha'ã okakuaá mba'eporã'apo, ha nomomba'ei yvypóra mba'eandu ipypegua, omoguahë hetápe aranduayhu, upévape ndojehekovoñáiva (no obedecen a su naturaleza). Oñakāraku omboaguyjeha chupe upéva, ha ojejopy mante oiporu haguã imba'eandu tekoporã rehegua ha oñemombyryve uveí imba'eandu kuérágui. Ha upéva omoinge ichupe peteí jepytujoko mantépe, oñembojekuaáva hetaichagua mba'erecharamóme oñemotapykuéva ha oñemotenondéva. Tayseha reheguápe katu (en la sexualidad), upe jepytujoko (sofocación) ojuhuhápe hasyveha oiko haguã, ogueru mba'erecharamo oú ha ohóva ani haguã ojepyso mba'asy pytu'ũ rehegua.

Ha upei ave, arandukuaá nokmbo'ajui ñande pype mba'e ivaíva, pe ojekuaá ñanderehe ñande reko ñembyaípe ha umi ñane mba'eandu opyta vaekue tapykue oñeha'ã osë okápe ija vove chupekuéra. Upe oñeñandúva tekotevéha oguenohë okápe mba'e arandu ndaha'éiva imba'eandu reheguáva reheve, oikove, ja'e porãsérõ guarã, chupe ikatúva ári ha jahechágui upéicha ikatukuaá ja'e hese hovamokõiha, maráva ndoikoi toikuaá térã toikuaa'y ndohechakuaaiha porã upépe noimbaiha.

Ndaikatui jahecha'yvo pe ñane arandukuaá ko'agãgua tuicha oipytyvõha upe tovakõi ñane'ëha oikove haguã ñande pype. Ikatú jepe ja'e añeteguáva ramo: ñane arandukuaá opu'ã upe tovamokõi ári, ha hetaitereí mba'é mante oikoé vaerã, yvypóra oñemoí ramo oikove haguãicha imba'eandu añeteguá rehe. Hetaitereive yvypóra hovamokõva arandukuaápe, umi iñarandu añetévagui. Ha ikatú gueteri ñahesa'yjio mba'erecha ambué: Ikatu oime pe ñande katupyryha jaikuaapyhy haguã arandu

ombokuakuaáma vaekue yvypóra, naimbaretéi gueteri tekovéháicha, ha upévare oñekotevé pe tovamokõirw. Upéi ave, arandukuaá jerereko are, jepeve naipyenda mbaretei, oheja yvypórape, ipyahu pyahuve pukukue ohóvo, mba'ekuaá poráve rarahahá ramo, peteí tekoandu ñemoingoé guasúpe.

Opa umi mba'e tapykueve ñamyesakáva oheja ñandéve ko'ágã guarã ñane mytuë ramo: ñemoí ha ñembyasy ñañandúva yvypóra opa arapy pegua rekomarãre, pe ñorairõ guasu tapykueve peguápe jahasa vaekue. Japyta japytu'úva ramo, jetavyporu ñande apyhývape. Añetehápe añete, yvypóra ndo'ai iguypetereí, ikatu vaerã mo'ã haguéicha ñaimo'ã, araka'eve voí noñemboyvatéiri haguéicha. Pavé yvypórape guarã, oime tendota oguerékova ipópe tetã sambyhyha, tavaygua reta ha tetã rekuai (Estados) oheja ijyképe tekokuáa tekoñomoirúme (en las relaciones), ndaha'ei mba'eve, ohejánte haguã aveípe arandukuaá rekoaje (ética de la cultura, oheja haguã osë okávo umi mba'eandu oguerokirirí vaekue. Ikatu oime ndojekai tekoaje oguerékova peteí teí ipype.

Ikatu gueteri ñahesa'yjio pypukuve jaikuaá poráve haguã pe teko ñembyekovia oguerúva ñorairõ ñane retaygua kuerakuépe, ha upéva ñane mbo'éne ani haguã jajapo hesekuéra tekojoja'y. Ñane agãreko kakuaá (los desarrollos del alma) ndojojai mba'evéichagua ambué jekakuaápe. Peteí tava'i okakuaá ramo ha oiko chugui tavaguasu, térã peteí mitã'ígui oiko karia'y, tava'i ha mita'i ojehe'a ha okañy pe tavaguasúpe ha pe karia'ype. Ñane mandu'a ramo mante ikatu jahechakuaá pe ymaguaréva ta'anga, ko'agãguáva ta'angápe; añetehápe, umi ymagueréva ojeheja ijyképe ha oñembyekovia ipyahúvare. Ñane agãreko kakuaápe ndaupéichai. Ko'ápe ndikatui ñambojoja ha'eháicha ko'ágã ymaguaréva rehe, ha ndikatui ja'e mba'épa, ja'e ramo mante opaichagua mba'eandu opytaha hendápe, mba'eandu uperiregua ndive, oú vaekue pe tapykueveguágui. Upe mba'ejehusyry (sucesión) he'ise aveí ojeiko ñondive jojaha, ha upéva, jepevente opa ñembyekovia ha ñemo'ambué oiko, peteí joánte. Pe agãreko tapykuevegua noñeñandukai ramo jepe are peve, oiko ha ikatu peteí ára oñeñanduka jevy, ñane ágã mbarete ramo, peteí añoite hendáicha, ha'ete ramoguáicha opakatúva kakuaá opava ramoguáicha, ohóva ramoguáicha hapykuévo. Ko agãreko kakuaá jepyso hu'ũ ndakatuetei oho peteí hendávo año. Ikatu ja'e hese ikatupyryha oguevi haguã, oho haguã hapykuévo. Ojehúva, ojehejareí ramo peteí agãreko okakuaá vaekue kurive, ojeupíva, ndikatuvei ojehupyty. Ágãkatu, umi mba'eandu ijypýpe guaréva ikatu oñemoí porã jevy; umíva ndopai, nomanói.

Umi mba'e ñehenóiva "apytu'ũ mba'asy" oikuaauka vaerã umi oikuaa'ỹvape, pe apytu'ũ rekove ha pe agãreko, oñembyaipa Hague. Añetehápe, upe ñembyaipa ohupytyha umi mba'eandu kurive ojajapyhy vaekuepente. Pe apytu'ũ mba'asy he'ise ojevvy jevyha tapykuevévo, potayhu reko mboyve ha agãko ñemongu'épe. Mba'e ohechuka porãva ñane agãreko ñemongu'e niko jajuhu ñande képe jahechávape, pyharekue jahasáva. Ñande katupyryve guive jaikuaá haguã mba'épa he'ise umi kepegua tarova rehegua vaicha nahesakã guasúva, jahechakuaá jake vove, ñañemoíha ñamombo ñandehegui, aó ramoguáicha, umi mba'eandu hasyete vaekue ñandéve jajapyhy, tembiapo asykuetápe... upei pyharevevo ñamonde jeý haguã. Kóva ko ñemboí ñañanemoangave'yi (no es peligroso). Jake aja niko ñane ratãmba ha mba'eve ndikatui jajapo. Ñande kéra mante oikuaauka ñane mba'eandu ojevvyja ymavépe. Jaikuaá vaerã umi ñande képe jahechávape oñesambyhyha takate'ỹ rekóre.⁵(5) Peteĩ che jekotyha (amigo) inglaterrayguáva he'i vaekue upéicha, peteĩ arandu atyhápe ojejapo vaekue Norteamérica-pe; ha peteĩ kuñakaraí oĩ vaekue upe atyhápe ombohovai ichupe kóicha: "Ikatu nune upéva oime ovalekuaá Austriape, hákatu ché ha che jekotyha kuéra rérape ha'e, képe jepe ikatuha ñane andureko marangatuha. Ha upe che jekotyha, jepénte inglaterragua aveí, ombohovai mbarete porã upe kuñakaraípe, oikuaá porãgui hemiaresa'ỹjijo rupi (debido a su propia experiencia de análisis): pe kuñakaraí norteamerikayguáva ha oimeraéva austriaguáva, mokõivéva peteĩcha hakate'ỹrekoha

Ha upéicharõ añete, pe ñane mba'eandu oséhágui ñande katupyry mba'ekuaarã, ikatu isarambipa -tapiarãma térã sapy'a -py'arã, heta mba'eandu ñande rekove aja pukukue jaipyhy rupi. Jaikuaá porã, umíva apytépe oimeha pe ñorairõ ikatúva iporãhágui omboguevi ñane mba'eandu. Upévare, ndikatui ja'évo noñrieteha iñarandu haguáicha opa umi ko'ágã iñarandu'ỹva, ha ikatuha tenondevévo, opáma ramo ñorairõ, ojevvy mba'eandu marangatúpe.

Ha oimevé heta mba'e ohechukáva ñandéve ñande rapicha kuéra arapypegua ñane mondyi'ỹva ha jahecharamo'ỹva, pe ñanemondyiháicha jahechá ramo ho'a pe mba'e hasýva ñandéve ñañandu: opa térã oguevi ramo ñane mba'emarangatu. Ha'e aína ko'ã mba'e umi

imba'erechakuaa'ỹvare ha ojererekóva arandu ramo; umi oñemohatáva, umi ndikatúiva ohecha umi mba'e hesakáváva ha oguerovuareíva oimeraéva mba'e, ojesa'ỹjijo porã'ỹme umi mba'e ojejoavyveha. Ko'ã mba'e ko'áva ñane moñembyasy, ha ha'ese añetehápe porã ché ndaha'eíha umi ivaíva mante ohecháva rehegua ha upéva mante oha'arõ hovaiguágui. Jepevénte upéicha ndahasyive ñamyesakã pe tapykueveguágui. Umi yvypóra kuaaha, tekove iñarandúva ñane mbo'éva are guivéma, ja'ataha mba'eayvýpe, jareko ramo pe ñane mba'e kuaaha (nuestra inteligencia) peteĩ mba'e ha'eño, ijeheguínte oikóva ramo, ha ndajahechakuaái pe ñane mba'ekuaaha ojehekovoñaha (dependencia) ñane mba'eandu iporayhuverekóvare. Ñane mba'ekuaaha, oje'e ñandéve ikatuha omba'apo jeroviápe, oñemboyke ramo porayhu rehegua mba'eandu mbaretégui mante; ndapéichai ramo, ñande arakuaaha peteĩ tembipota poguýpe, ha ome'ẽ ijehegui upe tembipo ome'ēsévante, térã ikatúva oipe'a chugui. Aipórõ, oje'e oje'éva, ojeipota ojeipotáva, ndikatui ipu'aka pe mba'eandu oipotávare, ha upévare, reñeakã'i'o reñeakã'i'oháicha, mba'e hetáva ñanandýicha, he'iháicha Falsaft, reí, ndikatui ojuhupyty mba'eve, ko arapy henyehápe opaichagua mba'epota.⁶ Ikuaapy omono'óva mba'eandu resa'ỹjijokue (Psicoanálisis) ohechauka rechaukave kóva añeteha. Ha ikatu omyesakã resakáve ko'ëre, umi yvypóra iñaranduvéva ho'aha, oñeimo'a'ỹhágui tekokangýpe ha tekoñembotavýpe, imba'ekuaá pota oñepysanga vove ha oñemohatã añete, upei jepe oñemboguevi jey rire upéva, yvypóra oguerojevy imba'ekuaá aipórõ, ndojehecháiramo umi mba'e hekopegua (kuaa rape), paje rupi vaicha pe ñorairõ umi ñane retãyguá hekoporãvévape, ndaha'e ñamomba'eguasú haguáicha, oú ñane mba'eandu porayhu reheguágui, ha upéicha rupi ñaha'arõ opa jevýne haguã.

Péicha jaikuapyhy jevý ramo ñane retãyguápe, itavy vaekue ñandehegui, ndahasyietevéta jaropu'aka jeroviave'ỹ ohejáva ñanderehe umi oisambyhýva ko arapy, tavaygua kuérape, sa'ive rupi temiekotevẽ jajeruréva chupekuéra. Ikatu oime oiko jevyevy tekove ñepu'a, ha oime gueteri akoi ñaime teko'ymamombyryvépe ha ne'ira jajereko kuaá teko yvatehápe. Upévare, tekombóve ome'éva mba'eandu okaguioagua, ojapo porãitéva yvypórare, jaheka ramo haimete ndajajuhui. Ñaha'arõ kuri, añetehápe, pe jekoupyty guasu oguerúva ñandéve niñéeme ha temiekotevẽ apo,

⁵ kepegua (1900a),4, pág. 279) mamó oñemombe'uhápe kóva: Upe jekotyha Inglaterragua, oje'eháicha, Ernest Jones ra'e.

⁶ (Cf. "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico (1914d, supra, pág. 23n))

omofepyrũtaha peteĩ mba'eandu ñandereraháva tenonderã; opáichante, ñaimo'ã vaicha yvypóra ko'ágã rupi ojavovéva imba'eandu remiekotevé, imba'epota ha herekope ñepysyrõ rangue. Oiporunte umi mba'epota omohenda porã haguã upe imba'eandu, ombojepota hembipota omboaguyje haguã hemiandu. Mba'ére piko tekove- tavaygua maymáva ojegüero'yrõ, ndojoapoi mba'é ramo, oñomboyke, ndaija'ei ojuehe, ha oñeñorairõ'ỹ ramo jepe, upéicha aveĩ tetã nguéra? Hasy jaikuaá haguã. Ché ndaikuaái mba'éichapa ha'eta. Ha'ete ku oñembyaty ramo yvypóra heta porã, ani haguã ja'e yvypóra retakue, mba'eandu porayhu reheguáva ojejapyhy vaekue tekove pukukue opareíva, ha hendaguépe opytáva mba'eandu ijypypeve guaréva, itujavéva ha hekoañavéva. Ko mba'e vaiete oñeguahẽ hagué nune ikatu oime oñemyengoviá, michimínte jepe, jekakuaá oúvape uperire. Hákatu ñande rekoaje mié ramo, jajepo'o japu ha tovamokõigui opá rupi, yvypóra rekojoayhúpe, tavaygua ha tetã sambyhyha kuéra pa'úme, omboavirúne tape ñasẽ haguã ivaígui ha jaike iporãvape⁷.

⁷ Mba'e ohejáva ojoaka ramo mba'ekuaareko ha mba'eandu rekove (Los efectos del conflicto entre la cultura y la vida pulsional) supra, pags. 284-8) Freud ohesa'ỹijo vaekue hetave jevy, hembiaipo tenondekue guive "La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna" (1908d) ha pe are rire guare "El malestar en la cultura" (1930)

II . ÑANE ANDUREKO MANO REHEGUA

Mokõiha mba'érepa ñañeñandu péicha, ñañemboyke ko arapygui, iporãite ha jahechámí vaekue ñande rehegua porãva ramo, pe ñande apytu'ũ ropa (perturbación) ñane andureko jareko vaekue ko ágã peve mano rehe.

Ñane endureko japureí ra'e. Jarovíava rire ramo, ñaiméne voí ra'e ja'e mbarete haguã pe mano ha'eha tekovepaha, opa vaerãgui, peteí teíva ñandé jahepyve'ë vaerãgui tekovepe manomé¹ ha ñaime vaerãha ñambogue haguãicha upe hepyve'ëmyrã, ha ipahávo, upe mano tekove reheguávanteha voí, ikatu'y ñambojoja mba'évere ha ojejoko kuaa'yva. Añetehápe katu, jajeheko kuaáva jaiko ja'e mba'e tetyrõha (diversas). Hi'anteva ñandéve ñamboyke pe mano, jaípe'a ñande rekovégui. Ñañeha'ã jajuka, ñamboje'o, ñañemokirirívo; ha oime gueteri ku alemán ñe'eme oje'éva: "Ndaroviai upéva ndaroviaháicha mano".² Ñane mano teé, angyve (desde luego). Ñane mano teé ñañaimo'ãkuaái. Ñañemo'ãnga ramo hese, jahechakuaá jaikóventeha ñama'ë povyvy haguã. Ha upéicha, ko ñane moanduha resa'yjõpe jajuhu: "Amo ipahápe avave ndogueroviai omano vaerãha, ja'ese, pe ñañemo'angavyhá (en el inconciente), peteí teí ñandé jarovia ñande py'aitépe, ñañamano mo'ãiha, ñandeha mano'yra, tekove apyre'y.

Ambué ramo pe omanótava, ñañeha'ãmbaite ani oikuaá pe ñane mandu'aha, mitã mante niko je'i oimehaichareí, he'inte voí oimeraéva hapichápe omanotaha térã ikatuha omano, ndojepy'apyi upévale, he'i katu chupe hovápe, taha'e jepe ra'e peteí ha'e ohayhúva. "mama -he'i kuaá isýpe- äga ndé remano ramo, sapy'areí- ajapóta péicha térã amóicha". Peteí yypóra iñarandúva noimo'ã mo'ai araka'eve pe ambué mano iñakámereí jepe ojerereko'y ramo ipy'a hatávaicha térã iñañáva ramo, ndaha'ei ramo pohanohára mba'e térã ñe'ëngára (abogado) oiko vaerã upéva reheve imba'ahágui upéva. Ha noñemo'ã mo'ãiteve, pe

¹ [Reminiscencia de las palabras del príncipe Hal a falstaff en 1 Henry IV (acto V, escena 1): "Thou owest God a death" {"Debes a Dios una muerte"}. Esta errónea cita era una de las favoritas de Freud. Véase, por ejemplo, La interpretación de los sueños, AE, 4, pág. 219, y una carta a Fliess del 6 de febrero de 1899 (Freud, 1950a, Carta 104), donde la atribuye explícitamente a Shakespeare]

² [Es decir, pensar que algo es improbable o increíble]

ambué mano ohejatarõ chupe oñemoí porãvéta térã imba'eretavéta téra oiko jeheguivéta.

Jaikuaá voí jepe niko, jepevénte jaiporiahuvereko pe ñande rapicháre, upéva ndojokoi pe ñamano; oiko ramo, ñane mopirí ñande py'a ruguaitépe ha oityvyro vaicha opa ñaha'arõva. Opáichante, jahechakuaá ikatuha oñemano mba'ejehu oñeha'arõ'yvape, mba'asýgui, hekove ro'yvetágui (por edad avanzada), ha upéicha jaheja ojekuaá ñañeha'ãha ñamomichí pe ñemano, jaraha tekotevêhãgui mba'ejehu reípe. Ñemano heta ivaieteréí ñandéve. Peteí omanóva renondépe jajerereko ñande rekokuaháicha, haimete voí ñamomorã ojapóva ramoguáicha peteí mba'e hasýva. Nañañe'ëi hese, jahejareí chupe oimeraéva mba'evaí ojapo vaekue, ñamohenda ku "De mortuis nil nisis bene", ha jajuhu porã umi mba'e porãita oje'éva hese iñeñotyhápe. Ñamomba'eguasu pe omanóva, ko ágã noipytyvõvéimava chupe, ha ñamoí oimeraé añeteguáva ári, ha hetave ñande apytégui omomba'eguasuvé katu pe ñemomba'eguasu ñame'évaguí oikovévape.

Ko ñane andureko jaikuaapyhy vaekue ha ñañemoí hague peteí ñe'ëme mano rehegua oñemoímba ñande reko sarambipa ramo omanóvo peteí ñande rapicha hi'aguíva ñandehegui, pe mano ohupyty ramo ñande rúpe, tembirekó térã ménape, ñande ryvy térã ñane reindýpe, ñande ra'ype térã peteí ñande jekotyhápe. Hendive ñañoty ñane remia'arõ, ñane rembipota, ñande vy'a; ndajahejai avavépe ñane momytuë, ha ñamo'ahániri japyta haguã pe omano vaekue ñandehegui rendaguépe. Aipórõ jajerereko ojererekoháicha aipo ASRA, umi omanóva hayhupára³.

Nei, ko ñande rekoandu ñemano gotyo tuicha oha'ã ñande rekovére. Tekove oñemomboriahu, ndaijajevei upe ñande rekove oha'ã ramo ñande

³ [Los Asra del poema de Heine ("Der Asra", en Romanzero, basado en un pasaje de De l'amour, de Stendhal) eran una tribu de árabes que "mueren cuando aman"]

(*){"Urmensch"; tres párrafos más adelante, Freud vuelve a emplear varios términos con el prefijo "Ur-", que hemos traducido siempre por "primordial": "Urgeschichte", "historia primordial"; "Urzeiten", "tiempos primordiales"; "Urschuld", "culpa primordial".}

rekovére voí, ndikatui oñemo'angave'ývo (puede arriesgarse). Ndahei ha ndaijukyí ñaimo'ã nortekuéra ñemboki, mamó upe mboyvéma voí oñemoí mba'eve ndojehu mo'ãiha, mborayhu jopyty mante, mokõivéva ohechakuaá vaerãhápe opa ára, mba'épa ikatu ogueru upe ñemboki. Ñande jopyty mborayhu rehegua, pe ñande joaka (duelo) ijoko'yháva rupi, jajekoko angave'ý (peligro) jehekágui ñandéve guarã ha ñande jekotyhápe guarã ave. Nañandepy'aguasui jahecha haguã heta mba'e iñangave'ýva, tekotevéva jepe, jaiko mba'eruvevépe, jaha jaikuaávo: Mávapa opytáta isy rendaguépe, imemby?, tembirekópe, iména?, túva ta'ýra kuérape, ojehu ramo guarã ñemano? Ndajahechakuaái ñemano ikatuha ogueru heta mba'e ojeheja vaerã. Jepevénte upéicha, oime ñe'ẽ'íva: "Navigare necesse est, vivere non necesse" (Ojeata ýre, tekotevé, jaikove natekotevéi).

Upévore, ndikatui oikóvo ambué hendáicha: péva arapy gua'u, ñe'ẽ moranga kuatiápe, tekoangápe, mamó jaheka vaerãhápe pe ñande rekovépe o'ýva rekoviarã. Upépe jajuhu gueteri yvypóra omano kuaáva ha ombosako'i kuaáva ambué mano. Ha upépe añoite jajuhukuaá ikatúva ñane moingo porã jevy Mano ndive, ikatúva opa mba'evaí jahasáva rapykuéri oheja ñandéve tekove ipoko'yháva. Ñane mombýa (triste) añete, ñande rekovépe ojehu pe ñorairõ gua'u ñembosaráipe ojehúva (en el ajedrez) removaí ramo ikatu nde jopy repytávo tapykue; ha hi'arietegua, ndikatui ñamoñepyrũ jeývo peteí ñembosarai pyahu. Gua'uhápe jajuhu hetaitereí tekove ñaikotevéva. Ñamano ñañembojojávo hembiaipo guasúva omano ramo ha jaikove jahávo, ha ñaime ñamano jevy haguã ambué ndive, imara'ýva aveí pe tapykueve guaréicha.

Ojehecha porã pe ñorairõ oitypeíne haguã pe oñeñemoí peteí ñe'ẽme mano reheve. Upéva ndohejavéima oje'e japuha (verleugnen). Tekotevé ojererovia. Yvypóra omano añetehápe, ha ndaha'evéima peteí teí, hetaitereí katu. Hetave jevy peteí árape. Ndaha'evéima mba'ejehu reí. Añetehápe ikatu jareko mba'ejehureí ramo pe mano peteí ohupytyvo chupe mboka rembi'u; ha pe omano'y vaekúpe ikatu ohupyty sapy'aite rire. Ha uperire ambué ha upei jevy ave. Ndaha'evéima mba'ejehureí. Ñande rekove ijajevoí (interesante) jevy, ojuhu jevy henda teé.

Ikatu vaerã mo'ã ko'ápe ñamboatyvo mokõi (separar en dos grupos): umi omoangave'ýva hekove ñorairõhápe ha umi opyta vaekue hógape ha ndoguerekóiva mba'eve ojapo vaerã, oha'arõ mante ou manorã (la muerte) ogueraha chuguikuéra hogaygua hayhupára, ojejapígui, mba'asýgui, téra mba'ara jererovakuegui.

Ijajevoíne (sería interesante) jajeporeka umi mba'ejeropa rehe, oguerúva ñorairõhára ñemoanduhápe, hákatu ché sa'i aikuaá umíva rehegua. Jahecha mante vaerã pe atyvo mokõiha, mamó ñandé voí ñaimehápe. Ha'éma kuri, pe ñande reko sarambi ha mba'apo ñemombyta, jaháva ñande apére ko ágã, ojehekondotaha tenondete pe mba'éichapa ndikatuvei ñamyatã vaerã ñomoirũ jareko vaekue jahávo mano ndive, ha ne'irava gueteri jajuhu ipyahúva. Ikatu oime ñane pytyvõ kuaá ambué mokõi jajoajuha mano ndive: upe ikatúva ñamboja yvypóra ymanguére (*) ha pe oikóva gueteri ñande pype ha okañýva ñane ã ruguape, oguahẽ'yhápe ñane moanduha. Yvypóra ymangué reko omano peve guare. Jaikuaá jajepovyvy ha jaikuaaha'ã rupi tekoasa ymaguarépe, ha chéverõ guarã, upéva omoguahẽ ñandéve mba'ekuaá ikatuha jajerovia.

Yvypóra ymangué reko mano reheguáva, iñambuetemi vaekue. Napeteíchai, oñombohovai uveí. Peteíha guio okyhyje chugui, ohechakuaá upépe tekove opaha ha oiporu, ha'ehápe upéicha; mokõiha guio katu ndoguerekoi mba'eve ramo. Ha upéva ojehu ojuhúgui peteí mba'eha ha'e omano ramo chupe guarã ndaivaíri, iporã uveí katu, pe omanóva ija'e'yhágui, ndaha'ei chupe guarã oipytyvõkatu umíchagua omano haguã. Pe yvypóra yma, hekoandu rasa raka'e, ipy'ahatã ha iñañave opaite yvy rymbágui. Oporojuka mba'evérõguáicha ha vy'ápe. Ndoguerekoi pe mba'eandu jeheguireí (instinto he'íha = instinkt) ogueraháva ambué vyrymbápe ndojukáivo ha ndo'úivo hapicha ha'eichaguápe.

Jahecha aipórõ mba'éichapa pe tekoasa ymangué henyhẽ jeporojukágui. Ko ágã peve gueteri oñembo'e ñane mitã kuérape, yvy tuichakue rekoveasakue ramo, jejukapa guasu ojoapykuerigua. Tekoandu mba'evaí apokue rehegua omyangekóiva yvypóra pavéme ara ppy guive, ha umi tupã rehegua mba'ererovia atýpe (en las religiones) ojereroviáva oime hague angaipa ppy (pecado original), tuguy ñehẽ yvypóra oity vaekue ojehe. Che kuatiápe, hérava TOTEM Y TABU (1912-13), ajapyhývo Robertson Smit, Atkinson ha Charles Darwin he'íva, añeha'ã vaekue anohẽ okápe upe angaipa ppykue reko, ha chéverõ guarã, pe Kirito ñe'ẽ ko ágã rupigua ohechuka ñandéve, ñama'ẽ ramo ñande rapykue ymanguévo. Tupã Ra'y oikuave'ẽ vaekue hekove omopotí haguã yvypórape upe angaipa py'gui, aipórõ ohechukaháicha tekora oheja vaekue Talión (la Ley de Talión), "Ojejukárõ peteí, ojejuka vaerã ambué", upe angaipa ra'e peteí jejuka, jejukápe jeý mante ojehepyve'ẽ kuaáva. Ha upéva ha'e rire, Nandejára Ñande Ru oñembopochy, upe

jejuka ymangue ha'éne ra'e túva jejuka, ohasa vaekue upei yvaraminguápe (a la divinidad)⁴.

Yvypóra ymáme, ha'éne raka'e peteĩ mba'e oñeimo'ã'ỹ ha oiko'ỹva pe mano ypy, ha'eháicha avei ko'ága. Ha ichupeguarã ohechakuaávo tekove ambué mano ha imano ndaha'eiha peteĩcha, ojecha tekojoavýpe ko ã mokõi mano rovake ndoguereko jojái, pe mabué omano ha omano ha'e napeteĩchai. Ha upéva ogueru heta mba'e tenondévo, ndajaikuaáivo mamo pevépa oho vaerã. Upéva oikómi, yvypóra yma ohechávo omano hogayguáva, hembireko, ta'ýra térã tajýra, térã katu iñirũ ha ijekotyha ohayhúva, añetehápe ñande jahayhuháicha ñandereheguávape. Yvypóra yma oporohayhúne raka'e oporojuka mboyve, upéva jaikuaá (Morrdlust). Aipórõ, iñembyasýpe ohechakuaá ha'e avei ikatuha omano. Upépe nahi'ái chupe oguerovia; umi hayhupára omanóva niko ipehẽngue, hesegua hakate'ýha. Ohecha avei mba'e tekotevéva ramo ha oguereko pe omanóva ndaha'éiva ramoguáicha ha'e. Peteĩ teĩ umi omanóva rehe ohecha imba'e'ýva ramo, ndaha'éiva ramoguáicha ha'e. Pe mokõi hendáicha ojehecha ko ága peve imbarete ára yma ramoguáicha. Ha upéicha, umi tekove jahayhúva (omano vaekue) ha'e avei tekove ambué, amotare'ỹ ija'e'ỹ hague⁵.

Umi iñarandu pypukúva (filósofos) he'i, mba'e andu oiporara vaekue yvypóra yma pe ñemano rehegua, omoñepyrũ jepy'amongeta ipype ha ogueraha chupe upete guive oñe'anga pypukuvévo. Chéverõ guarã, umi filósofo oñemoanduetereí ko'ã mba'ére ha ndohechakuaái mba'éicha rupípa upéicha. Upévare oipotáne omomichĩ ha omyatyrõ upe añeteha he'i vaekue tapykueve:

Ohechávo pe ija'e'ýha omanóva, yvypóra yma ijaguyjéne ra'e. Ojuhu'ýre mba'érepa ojepy'apýta mba'épa tekove ha mba'épa mano. Ndaha'ei upe jepy'apy tekove ha mano rehegua ha ndaha'ei avei oimeraéva ñemano, ohayhúva téra iñamotare'ỹ, pe omopy'añemongeta vaekue chupe yvypóra rekove rehe. Kóva ko ñemoanduha jepy'apýgui osẽ pe mba'ekuaá hérava **PSICOLOGÍA** (mba'ekuaá yvypóra ñemoandu rehegua). Yvypóra ndikatuveima oñemombyry manógui, oikuaáma mba'épa upéva, oñandúma pe ñembyasýpe, ogueru vaekue chupe ñemano. Ndohechakuaaséinte, hasy ha oipy'apýgui chupe

ojepy'amongeta pe omano ramo guarãre. Upei omyengovia ohóvo hemo'ãnga mbegue mbeguépe. Ohecháma avei ha'e ikatuha omano, hákatu omo'ahániri manópe opamaha tekove, ndoipy'apyi vaekue chupe ija'e'ýha omano ramo. Pe ohayhúva omano ramo katu he'i, upe yvypóra omano rire opytaha hi'ágã, omano'ýva, ha oñeñandu vaígui ombojehe'a haguére vy'a ñembyasy ndive oimérõ omanóva, ojapo aña kyhyjeha umi ágãgui. Upei, pe omano vaekue oñembyaí ohóvo ha upéva ogueru chupe iñakãme, ipahávo oikoha chugui tete ha agã (iñepyrũ heta vaicha chupe) ha upéicha rupi, pe iñemo'ãnga oñembyaiha avei, oñembyaí javeve hete. Pe mandu'a oguerekóva are peve ipy'apýpe, ogueroviauka yvypóra ymáme oimeha mba'éichapa ojeikove ojhóvo oñemano rire, ñemano gua'unteva.

Ko'ã jeikove uperiregua, iñepyrũ, ojerereko pe omano vaekue joapyha ramonte; ikuarahy'ante vaicha vaekue, ha are peve noñemomba'eguasui. Oñeimo'ã gueteri ha'anganteha. Ñanemandu'aminte mba'épa ombohovai raka'e Aquiles ágã Odiseope:

*"... yma Aquiles oikove ramo gueteri (he'i Odiseo, Aquiles ágape) oré Graciygua romomba'eguasúmi tupãvoña ramoguáicha, ha ko ágã, reimévo ápe rereko nde poguýpe umi omano vaekuépe. Upévare, há Aquiles!, nereñembyasýi vaerã remano hague."

"Péicha ha'e chupe ha ombohovai chéve che ñe'ẽ ári: "Ani che mbopy'aguapyse omano haguére. Odiseo, aikovesese vaerã yvýpe ha amba'apo kokuépe ambuépe guarã, tekove iñakã poráva ha imboriahúvape, areko rangue che poguýpe omano vaekuépe".⁶

Térã ku H.Heine omombe'úvape, iñe'ẽpotýpe:

Upe filisteo ichapĩveva
Ijaguyjeve chehegui,
Karaiguasu omanombyréva,
Mburuvicha vygyuy
Pytũnguy peguáva⁷.

Are rire aé umi tupã reroviaha aty ohechuka pe tekove oñemano riregua, tuichave mba'éva ramo, tekove aguyjéva ramo, ha ndojapoi mba'eve ramo

⁴ Véase el ensayo IV de Totem y tabú (1912-13) [AE, 13, págs. 147 y sigs.]

⁵ Ibid., ensayo II [AE, 13, págs. 66 y sigs.]

⁶ Odisea, XI, 484 -91.

⁷ [Versos finales de "Der Scheidende", uno de los últimos poemas de Heine.]

pe omanóva. Ha oñemohatã heseve, upei katu pe tekove oñemano riregua ogueraha tapykuévo ha oguerovia oimeha tekove yma guare, hi'ãngue ohasa ambué retápe, oñemohete jeyha, ha opa ko'ã mba'e ogueroviauka haguã mano ndaha'eiha tekove opáva. Upe manóme oñembotove, oúva mba'ekuaágui ha oñeñemoí haguágui peteí ñe'eme (pag. 291) oñepyrũ voí, ara ymáme.

Pe ogehauháva re'õngue rovai heñoi jepy'amongeta ágã rehegua, pe oñemano'ýha jererovia ha oñembohapo angekoí ñane rembiapo vai hague; ha nda'upéva añoi, hákatu aveí, oimeha tekora iporáva rehegua. Upe tekora ojehechakuaá ypýva yvypóra angapýpe he'i: "NDEREPOROJUKAI VAERÃ". Péva osẽ iñakãgui pe ohayháva omano vaekue renondépe, ombohováivo pe ñero'yrõ oñandúva iñembyasýpe, ha mbegue mbeguépe upéva pe oikuaa'ývape ohayhu'ýva ha amo ipahápe iñamotare'ýme ave.

Yvypóra ko'ágã rupigua ndaucheichavéima. Opávo ñorairõ, umi oñorairõ vaekue hina ojevypa hógape kuéra vy'ápe, hambireko ha ta'ýra ha tajýra kuéra rendápe, ha ojapo upéva iñangekoí'ýre ha oipy'apy'ýre chupekuéra umi iñamotare'ý (enemigos) ojuka vaekue ñorairõhápe ñombojoyvapúpe (cuerpo a cuerpo) téra mboka opáichaguápe. Iporã jahechuka ápe, umi yvypóra yma ñemoñare oikovéva gueteri ko yvy ári, ha oí aguivéva ñande hegui yvypóra ymágui, ndapeichavéima (ndapéichai gueteri vaekue oñemo'aguí mboyve yvypóra ko'ágagua mba'ekuaágui). Yvypóra yma ñemoñare (australiano, bosquimano térã umi Tierra del Fuego), mba'evéichavérvõ ndaha'ei peteí porojukahára oñembyasy'ýva; ojevývo hógape ñorairõhágui noguahédi itávape ha ndopokoi hambirekóre, oñemopotí mboyve umi rembiapo vaikuégui, tojapo ojapóva, taipuku jepe ra'e. Ndashasy añetehávo jaikuaávo mba'érepa upéva herovia auvõ rupi; yvypóra yma okyhyje, iñamotare'y angue oú ramo guarã ojepy hese (vengarse). Hákatu amotare'ý angue, ha'ente iñemo'anduha aigue, tuguy ñehẽ rupi. Upe jerovia auvõ (superstición) kupépe oiméne katuete ága marangatu, ñandé yvypóra ko'ágãgua ndajarekovéimava⁸.

Agã imarangatúva, katuete oikuaaséva ñande reko, mombyrýva tekomarãgui ha opa yvýre oikóvagai ha ndohejáiva oguenohẽ'ýre, voí ojehecháva ha ndikatuiha ojeporojuka, ome'ẽ ñandéve mbarete ñane marangatu haguã,

⁸ Cf. Tótem y tabú (1912-13) [AE, 13, págs. 71 y sogs.]

oñemoinge ñande pype. Ñambyasy vaerã ko ja'éva ohechukaha ndaucheichaiha. Peteí ñembotove imbaretéva ohóne katuete ra'e ambué mba'e imbaretéva rehe aveí. Yvypóra oipota'ýva natekotevẽi oñembotove⁹, upéva ojekuaá porã.

Péina pe "Ndereporojukai vaerã", ohechuka ñandéve ñandeha porojukahára rysyí puku ñemoñare, ogueraháva huguýpe horyha oporojukávo, ha ikatu voí oimé gueri jaraha ñandé ko ágãgua. Yvypóra pavẽ (la humanidad) rembipota teko marangatu rehegua, tekotevẽ'ýva oñereromandu'a ha oñehesa'íjo ojeikóvo opá rupi, ha'e hina mba'e ogehupyty vaekue ko arapy rekoasávo, ñambyasy vaerã michí michívéva, arapy rembirejakuéva ramo, ágã peve oikovéva.

Jahejami ko'ágã pe yvypóra ymangue ha ñahesa'ýijomi pe ñane ñemoanduha ijarakuaa'ýva, ñande rekó pype. Ko ápe jahechakuaá ha jaiporu pe psicoanálisis ñehesa'ýijoha, upéva mante oguahẽ pypuku. Ñaporandu: mba'éichapa omyi ñane ñemoandu ijarakuaa'ýva pe ñemano renondépe? Ñañe'ẽmbojevýne ojapoháicha haimete upe yvypóra yma. Kóvape ha hetave mba'épe, yvypóra yma oikove oñembyekovia'ýre ñane ñemoanduha ijarakuaa'ývape. Upévale, upe ñañemoanduha ijarakuaa'ýva ndogueroviai ikatuha omano ha oikove omano'yva (ñane ágã ryepy hypyve, oimehápe umi mba'ekuaá oñemyatáva ñanderehe ijeheguireí) ndoikuaái mba'evete oñembotoveva (negativ.), mba'evéichagua ahániri (Verneinung) - umi oñombojováiva oñombojoja hyepýpe- ha upévale ndoikuaái mba'épa imano, ñambotove manteva. Aipórõ, mba'eve ñande pypegua, ndogueroviai ñamanoha. Ha ikatu oime, ja'e kuaá, upégui osẽ tembiapo guasu. Oje'e, tembiapo guasu ojejapoha jaroviágui ñande rekove michíveha ñane mba'ereroiviakatúgui, ñane ágã mba'ereko arapy javeve peguágui.

Ché katu ha'e, pe tembiapo guasu osẽnteha ñandehogui, ndaha'ei katuete oimégui mba'érepa, ñahenonde'a oimeraéva mba'e, taivaí jepe, ñaimo'avo Jacinto Picapiedraicha¹⁰: "upéva araka'eve ndojehuichéne ndéve". Térãkatu upe mba'érepa oĩnte ojoko haguã upe tembiapo guasu ñañemoandu arakuaa'ý reheguávante. Pe jajepy'apy ñamano vaerãháre, ñande rerekóva hetave jey ipópe, opyta iguypeve, mokõihápe ha

⁹ Véase el brillante argumento de Frazer citado en ibid. [AE, 13, pág. 126]

¹⁰ ["Steiklopferhanns", personaje de una comedia del dramaturgo vienés Ludwig Anzengruber (1839-1889)]

hetave jeý ou jajepy'apýgui ñane rembiapo vaikuére¹¹.

Upei ave, jahechakuaá ñande rehegua'y ha ñande ja'e'yha omanó ramo ha jajeity hi'ári kuéra pya'e ha jajapo'yre chupekuéra mba'eve ramo, umi yvypóra ymáichante aveí. Ko'ápeko añete oime ojoavyha, ojekuaátava upei ha'etépe. Pe ñañemoanduha ijarakuaa'yva ndoporojukai oporojukaségui añetehápe, oúnte chupe iñakáme ha imba'epota. Hákatu jajavýve ñamomichí ramo pe mba'e ñande pypegua, mba'e ha'ete peguáre. Heta mba'e he'ise ha heta pe oguerúva hapykuéri. Ñane ñemoanduha ijarakuaa'yva rupi jaipe'a mante ñande rapégui opa ñane mbyaíva ha ñande rerekomeguáva: "Aña tandereraha!", ñe'ë hetave jey oséva ñande jurúgui, ha añetehápe he'iséva: "Teremano mba'e!, ha'e ja'e poráséró guará, ñane ñemoanduhapýpe, peteí imbaretéva tembipota omano haguá ñande rapicha. Ha ja'eva katu, ñane ñemoanduha hi'arakuaa'yva oporojuka oimeraéva mba'e rehe, ohechukaháicha Dracón, vyra'ija atenaygua yma guare, omoíva jejuka mante, oimehaichagua mba'evaiapópe, tamichí térã tatuicha, ha upéva rehe ojehecha añeteguáicha ramo. opa mba'evaí ojejapetéva ñanderehe, ñande jeroviáre, ha amo hapópe tekomarã pavé (lease magestatis: crimen de lesa majestad).

Péicha aveí ñandé, ñañera'ã ramo ñane rembipota arakuaa'y rupi, ha'énte aveí umi yvypóra ymáicha, porojukahára aty. Ñande po'a opa umi temipota naimbareteiha, yvypóra yma oguereko vaeukuéicha¹²; ñe'ëngaí rehe ramo yvypóra opoíva ojuehe, ymáma ko arapypavé oñehundi vaerã mo'ã, umi iñaranduvéva jepeve ha umi kuña iporávéva ha ijehayhupýva.

Ko'ã mba'é rehe, psicoanálisis omoañetéva, ndogueroviáiva umi iñarandu'yva. Ha'ekuéra ombotove he'ígui japureiha, ijaje'yva ojehechakuaá haguá ñane moanduha ohechukáva añeteha, ha katupyry kuaápe oñemokañy umi mba'e ohechukáva pe ñemoanduha'y ave ojechukavaha upe psicoanálisis renondépe.

Upévare tekotevë jahechuka, heta iñarandúva ndikatui vaekue ho'a pe anduha resa'yijópe okondena resakã porã ñane ñemo'ãnga ñemi

¹¹ [Tratamientos más amplios de la angustia de muerte se incluyen en los párrafos finales de El yo y el ello (1923b), AE, 19, págs. 58-9, y en inhibición, síntoma y angustia (1926d), AE, 20, pág. 123.]

¹² Cf. Tótem y tabú (1912-13), ensayo IV [AE, 13, págs. 88-9.]

oñeha'áva oime ñande jokóva tapépe, ohejávo pe ikatu'yha ojeporojuka. Heta ambué apytépe aiporavo peteí mba'erechapyrã añoite herakuá mbuku vaekue.

Peteí ñe'ëkuatiá hérava Le Pere Goriot-pe, oñemandu'a J. Rousseau he'íva pe peteí hembiapokuépe, mamo oporanduhápe hechahárape, mba'épa oja'póne -oheja'yre Paris ha ojekuaa'yre -ojuka ramo peteí karaí tujápe, mburuvicha Pekin peguáva, pe imano ohejatarõ chupe heta mba'e. Ñaimo'ã vaicha ku nomomba'éiva upe mburuvicha mano. "Tuer son mandarin" oje'e upe guive yvypóra ko ágãgua apytépe.

Oime aveí, hysyi ñe'ërory ha mba'e combe'u oity'yva omoñe'éva ko'ã mba'e rehegua, aipo tembireko he'i vaekueichagua iménape: "Peteíva ñamanó ramo che aváta Parispe".¹³ Umíva umi temo'ë (chiste) tie'y, ndikatui vaerã mo'ã oje'e nomombe'úiva ramogua heseve peteí mba'e añetegua oñembotovéva, ikatu'y vaekue oje'e ñe'ëresakáme ha oñemo'ã'yre. Ñembojaruhápe, ojekuaaháicha, ikatu voí ja'e añetegua ave.

Ojehúmi haguéicha yvypóra ymáme, ñane moanduha arakuaa'yve aveí (también para nuestro inconciente) ojehecha peteí mba'e jehu mamo oñombojovaihápe mokõi mba'e jehechapy (dos actitudes) ojoavýva mano renondépe -peteí he'íva ñemanóme opamaha tekove ha ambué katu oguerekóva mba'e japu ramo, tee'y- ojoaka ha oike ñorairõme. Ko mba'ejehu kóva ára ymáme guareichaita, pe omano térã ikatu omano ñande rayhupára, ñande ru téra ñane rebireko, ñande asygue téra ñane ñemoñare téra ku ñande jekotyha jahauhuvéva. Ko ávã ko'ã ñande rapicha jahayhúva, jareko ñane ñe'ã reheguáva ramo, ñande py'apy reheguáva ha upéicha aveí jahecha chupekuéra ñande'yva ramo ha ñande ja'e'yháva ramo. Umi ñane mborayhu iporávéva -ahániri jepe mbovyimi- oguereko katute ojehe, michímí jepe, pe ja'e'y ñane myaña myañáva jeporojukase gotyo.

Hákatu pe mba'e ñombohovai mokõi, ndoguerui, upe ára ymá ramoguáicha, mba'eveichagua ñe'ë ñane ágã ha ñande rekoporã rehegua, hákatu ñande rete anduha mba'asy, ohejáva jaike pypuku ñane ágã rekópe (vida anímica). Hetave jeý, umi pohanohára ohesa'yijóva ñane ágã reko ojuhu ñande rehe ñane rakate'yeteriha ñande rogaygua rekoporãre téra ku ñande pochy reiete asy

¹³ [Esto es citado también en la interpretación de los sueños (1900a), AE, 5, pág. 481.]

ñandejehe omano haguére peteĩ jahayhúva. Oikuaaha'ã ko'ã mba'e ohechuka chupekuéra tekotevêha ojekuaá ha ijajevoiha (tiene importancia) ñane rembipota arakuaa'ỹ (inconciente) mano rehegua.

Umi oikuaa'ỹva ipichyvy (siente horror) oú ramo chupekuéra umíva umi mba'eandu ha ojapyhy upe jeguaru omopyrenda añete haguã iñembotove pe angarekokuaa (psicoanálisis) he'ívape. Chéverõ guarã ojavy. Nañamomichĩri mba'evéicharõ ñande reko mborayhu, noimei voí hese. Mombyry oĩ ñane mba'ekuaágui ha ñane ñemoanduhágui, ñambojuehévo upéicha mborayhu ha ja'e'ỹ. Hákatu, yvypoapo'ýngue (la naturaleza) omba'apo jave jepi, umi mokõi mba'e joavy ndive (dos opuestos), oheja katuite mborayhu ipyahu asy omoĩ porã haguã chupe ja'e'ỹ rovai, oiméva hapykuépe. Ijaje ja'e, umi iporãvéva ñande rekoayhu ouha ñandéve ñane ñemoanduha aje opu'ã rupi pe ñemoanduha aje'ỹ oikóva ñande py'apýpe.

Ko'ágã ja'e mba'e, mbykyveháicha. Ñane ñemoanduha arakuaa'ỹ, ombotovéva mano, ha'e ramo pe omanóva ha ikatupyry'va omoneí haguã tekove ambué mano, oñembojoavy (ambivalente) tekove ohayhúvare, yvypóra ymávaicha. Tuichaite niko ñañemombyry pe ymaguareichagui, ñañemo'arandu ha ñañemoĩ peteĩ ñe'ême, mano rehegua gotyo.

Ndahasýi jahechuka mba'éichapa pe ñorairõ oiko ko ñembojoavýpe. Oipe'a ñandehegui umi kurive ñañemo'arandu hague ha jaheja oike jeý ñande pype pe yvypóra yma. Oñemombarete ñandéve

ojapo jey haguã ñandehegui yvypóra oguerovia'ỹva imano ha ohechuka ñandéve umi ñande'ỹva ñane amotare'ỹva ramoguáicha ñañeha'ã vaerãvare omano, ha ojerure ñandéve ani haguã ñamomba'e ñande rayhupára mano. Há katu pe ñorairõ ndikatui ojejoko. Tavaygua aty maymáva oiko javeve ko'ágã oikoháicha (teko joavypápe) ha imbarete pe ja'e'ỹ ojuehe, ñorairõ ndikatumo'ãi ojejoko. Kóva ñande jopy ñañeporandúvo: Nañandei vaerã piko ñandé umi oñeme'êva ha jajepokuaá hese? Ndajaikuaapyhyi vaerã piko pe ñande rekokuaha mano gotyo ndive, jaikove jeyha ñane andurekópe opa jarekóva jehupyty'ỹme? Jahánepa ñande rapykuévo ha jahechakuaá pe añetegua ikatu'ỹva ñambogue? Naiporãveichénepa jaheja pe manóme, añetehápe ha ñane remiandúpe, tojapyhy henda teé, ha ñanohe mié okápe ñande rekokuaha'ỹ, ko'ága peve ñañongatu atã vaekue jajúvo? Ndaha'ei vaicha upéva ñane mboaguyjéva; ikatu voí oime upéva reheve jaha ñande rapykuévo, omombareteve jepe ñandéve añetegua ha oikuave'ê ñandéve peteĩ tekove jaropu'aka kuaavéva. Ha upe jaropu'aka tekove, jaikuaaháicha, ñane mba'eapopyrã tenondevegua. Opa ñemia'arõ oiméva ñane ñe'áme ndaha'ei mba'eve oimérõ ojokóva.

Ñane mandu'ami ku ñe'enga yma guarére: "SI VIS PACEM PARA BELLUM, he'iséva: REIPOTA RAMO IMBARETE PY'AGUAPY, EÑEMBOSAKO'I ÑORAIRORÃ.

Tekotevéma ñamyengovia ambuére: "Reikovesé ramo, eñembosako'i remano haguã".

FIN - OPA

JOAPYHA: Carta al Doctor Frederik Van Eeden.

(Ko ñe'ëkuatiá ojapo kará Freud 1914 ro'y pahávo, jasy mbovymi oñepyrũ haguépe Ñorairõ guasu tenonde guare (después de la Primera Guerra Mundial) ha Jasy mbovymi aveí ojapo mbovyve ikuatiá hérava ÑORAIRÕ HA MANO REHEGUA ("De Guerra y Muerte"). Upe ñe'ëkuatiá Freud omondo Van Eeden-pe Psicopatólogo Holandaygua, ojekuaavéva ñe'ëkuatiahára (literato) ramo. Ojekotyha ojuehe are peve (hizo larga amistad), nomoneĩri jepe vaekue Freud ñemiandu. Upe kuatiá osé ypy hérava "De Amsterdammer" (1), jasy ypy, 17 árpe, 1915 ramo (N° 1960, pág. 3-pe). Ñaimo'ã vaicha nosëvei vaekue Alemania ñe'ëme upe rire. Ernest Jones omohasa inglaterraygua ñe'ëme Freud rekoasakue ñemombe'u mokõihápe (1955 -pág. 413) *

Viena, 28 ára jasy pahápe
1914 ro'yha jave.

Che rayhupára momorãmbý:

Ko ñorairõ guasu che mbopy'aguasu romomandu'a haguã mokõi ñemiandu hague psicoanálisis rehegua, upe ñorairõ rero'yrõ omoherakuã mbuku vaekue.

Ñahesa'ỹijo ramo ñiande ke pegua ha umi mba'eapo pane ojehechá tapiáva oimehachagua yvypórare, upeicha aveí, ñane ã mba'asy rechaukahágui, ñane ã resa'ỹijokuaágui jaikuaá, umi ñane mba'eandu ijypýpe guare isagua'áva ha iñañáva, ndopai hague, oiko tapiá katu, ojejopy jepe, ñane mba'eanduha arakuaa'ýme (jaiporu haguã ñane ñe'ë tapiagua), ha oha'arõva ija chupe omongakuaá haguã hembiaipo. Ñane mbo'e aveí, ñane apytu'ũ ikangy ha oñeñapytíha ñane rembipotáre, ha maymáva jajejopy ñañemba'eapo haguã arandúpe térã vyrohápe ohechakuaaháicha ñandéve ñane rembipota ha ndajajapoiseha.

Ága katu, rema'ë porã ramo mba'épa oiko hina ko'ãga ko ñorairõpe -umi opaichagua mba'e vaí ha tekojoja'ỹ ojapóva umi tetã iñarandúva, ñemiandu joja'ýme ohecháva ijapukue hekoañangue ha umi iñamotare'ỹ ojapóva, ndohechai hekópe porã umi mba'e oikóva- oje'e mante vaerã pe pe'ã resa'ỹijo ndojavyi hague umi mokõi jepy'amongetakue.

Ikatu nune oime heta iñarandúva ha oikuaaha'áva yvypóra reko, he'íma vaekue ko'ã mba'e, hákatu upe ñane mba'ekuaá ohesa'ỹijo pypuku kuri ohechávo aveí heta mba'e nahesakã porãiva gueteri ko sicología-pe.

Ajeroviá jajuecha jevýne haguã ára porãvépe. Nendive joayhurekópe.

Sigmund Freud

(1) [Este nombre fue modificado más tarde por De Groene Amsterdammer.]

* {Traducciones en castellano (ef. La "Advertencia sobre la edición en castellano", supra, pág. Xiii y n. 6): "Carta al doctor F. van Eeden", RP, 13, n°3, págs. 284-5, trad. De L. Rosenthal. La versión castellana de la biografía de Jones, que incluye esta carta, es de fecha posterior (Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina, 3 vols., 1960, 2, págs. 387-8, trad. De M. Carlisky; 2a. ed., Buenos aires: Hormé, 3 vols., 1976, 2, págs. 387-8, el mismo traductor)}.

***E**l ensayo presentado en esta publicación tiene su importancia y fue seleccionado por varias razones. En primer lugar tiene una importancia histórica. Durante el curso de aquella primera guerra mundial, Freud testimonió su pacifismo. Este texto tiene en segundo lugar una importancia humanitaria. Freud no hace acá un panfleto. Mira al estallido y a la orgía del dolor y de la muerte, pensando en aliviar al sufrimiento. Vinculada a esta intención, está el tercer aspecto, su importancia teórica. Limítrofe entre la psicología individual y la social, este ensayo constituye una antropología de la muerte, esto es, de las representaciones, de la cultura, las actitudes y los conceptos con los cuales los seres humanos enfrentamos o eludimos la muerte.*

***K**o mba'ekuaapy, ko'ágã osëva kuatiápe, ijajevoí (tiene su importancia) ha ojeoporavo ikuatiapy haguã heta ambué mba'erechakuaá rupi. Tenondete, imba'erekoasakuégui. Ku ñorairõ guasu peteĩha oiko aja pukukue, Freud ohechuka ha'eha ñerave'ỹ rayhuhára. Upéi ave ko kuatiambo'epy ijajevoí iporiahuverekógui. Freud ko'ápe nomyasãiri ñe'ẽ pohyi pochýgui reí. Oma'ẽ mba'éichapa ojepyso ñorairõ, ñembyasy ha ñemano ha oñemoĩ oheka mba'éichapa ikatu oñembovevuive upe tekoasy guasu. Ñerave'ỹ jehekápe ojejuhu pe ijajevoí mbohapyha: Mba'eandú ramo. Ojoajuhápe máva peteĩ apy'a kuaá, pavẽ mba'eandukuaá ndive, ko mba'ekuatiapýrehe ikatu ja'e mano rehegua mba'ekuaaha, upéva he'ise opa jahecháva, ñañandu ha jaikuaáva, jajapóva, opa ñane mba'eandu ñandé yvypóra ñahenonde'aha mano térã jajeiha ichugui.*